

HISTORIA Y NOVELA HISTÓRICA: DE LAS FORMAS EXPLICATIVAS EN LOS
CORTEJOS DEL DIABLO (1970) Y LA FUENTE HISTÓRICA OFICIAL (1994).

HISTORY AND HISTORICAL NOVEL: EXPLANATORY FORMS IN THE DEVIL
PROCESSIONS (1970) OFFICIAL AND HISTORICAL SOURCE (1994).

Yovany Alberto Arroyave Rave

Trabajo de grado para optar al título de Magíster en Historia

Asesor

PhD. Juan Guillermo Gómez

Profesor Facultad De Ciencias Humanas y Económicas

Universidad Nacional de Colombia-Sede Medellín

Facultad de Ciencias Humanas y Económicas

2014

Contenido

| | |
|------------------------------------|-------|
| 1. Introducción----- | 3-4 |
| 2. Justificación----- | 5-7 |
| 3. Planteamiento del Problema----- | 8 |
| 4. Objetivos----- | 9 |
| 4.1 Objetivo General----- | 9 |
| 4.2 Objetivos Específicos----- | 9 |
| 5. Estado del Arte----- | 10-17 |
| 6. Marco Teórico----- | 18-52 |
| 7. Metodología----- | 53-86 |
| 7.1 Instituciones----- | 61-75 |
| 7.2 Prácticas----- | 75-86 |
| 8. Bibliografía----- | 87-92 |

1. Introducción

Sin lugar a dudas, una ola nihilista y negacioncita circunda el campo de la historia y la literatura, un manto escéptico sacude los recintos académicos, un debate acalorado mantiene a unos y otros en jaque, en dos polos, esto es, el acercamiento fenomenológico a la noción misma de geschichte (acontecimiento/narración). Dicho en otro términos: la comprensión entre realidad histórica y representación histórica: la primera, en tanto acontecimiento ontológico –existencia dada -, y la segunda, en tanto, aprehensión humana de ese acontecimiento, es decir, representación de ese acontecer, de ese pasado, cargado de interpretación del historiador. Lo anterior pues, ha dado pie a no pocos historiadores, teóricos de la historia, filósofos de la historia, novelistas, entre otros, a debatir la visión objetiva del conocimiento historiográfico, pues la relación del investigador con el pasado implica una relación de continuidad fáctica entre la realidad histórica y la narración histórica.

Justamente, Para muchos de los que señalan esa facticidad, los universos discursivos relativos a la historia y la literatura cohabitan; aunque, también, no pocos historiadores se alejan con recelo de esta problemática y prefieren mantener una postura equilibrada y distante frente a la problemática de la representación histórica.

¿Qué postura se debe elegir? ¿Cuál será la más propia a la naturaleza epistemológica de la historia? ¿Cuáles son sus puntos de juntura? ¿Qué teoría del conocimiento histórico, o filosófico nos ayuda a solventar esta problemática?

A partir de esta discusión ancestral remontada, incluso a Aristóteles y a Platón, la siguiente propuesta académica abogará por la defensa de la ciencia histórica, siempre que considera la naturaleza gnoseológica y fenomenológica de ambos discursos, siempre que justifica que no puede entrecruzarse uno y otro discurso, amén de sus actos preconfigurantes, configurantes y reconfigurantes, y amén de su materia: la narración.

Así, la propuesta tendrá como brújula la dialéctica Hegeliana bajo el tamiz de la naturaleza evolutiva de la historia: tesis-antítesis-síntesis. La primera, en tanto se trasluce el espíritu positivista de la ciencia histórica bajo los moldes de Ranke. La segunda, en tanto se plasmarán las diversas corrientes historiográficas de occidente y las variantes o polos que, de una u otra forma, contribuyeron para que se gestase la tensión entre el modelo histórico inductivo y el de la pista narrativista. Y por último, la síntesis de ambas, vista desde la postura gadameriana de la *historia efectual*, una síntesis que acude a la naturaleza epistemológica del discurso histórico, esto es, el encuentro perpetuo y circular con la tradición. En esta medida, se considerará fundamental para la comprensión histórica un abordaje desde la óptica hermenéutica.

Desde el enfoque hermenéutico de la historia entonces, se procederá a analizar, comprender, explicar e interpretar dos textos temáticamente semejantes en tanto acuden al motivo de la inquisición, que; sin embargo, son disimiles abismalmente en cuanto a naturaleza epistemológica, y que permitirán solventar ostensiblemente el debate ancestral historia-literatura.

Sea pues el momento de adentrarnos en tan ardua y compleja empresa.

2. Justificación

Definitivamente, no es un secreto para ningún académico cercano al ejercicio propio del universo discursivo, máxime si es historiador, que el estatuto epistemológico del universo de la historia se encuentra en crisis. Crisis de la materia inherente a su propio ejercicio (la narrativa), crisis en cuanto a la naturaleza de sus fuentes y a la fiabilidad de sus testimonios, crisis en cuanto al estatuto de verdad que debe permear al conocimiento propio de la historia, esto es, a su legitimación.

Justamente, a partir de estos nodos problemáticos y de otros más; aunque menos agudos, no pocos historiadores, filósofos, y teóricos de las ciencias han llegado a la conclusión de que la historia como campo reflexivo- filosófico y como campo teórico debe replantear su rumbo, esto, visto no sólo desde su quehacer epistemológico, sino, también, desde sus orientaciones funcionales, desde sus prácticas.

Así, en vista de la crisis a la que nos referimos, el campo literario aprovechará para hacer mella y allanar la ciencia histórica. Acosta (2007: 12) al respecto nos dice

A través de la historia, se producen, entonces, una serie de modelos de representación y conceptualización que, a la vez, llevan a interrogarse sobre la propuesta de escrituras particulares (...) Hoy en día, tanto para la historia sobre la historia, como para la historia, es problemática la configuración de su propia trama, en el sentido de fragmentación, seleccionar, delimitar sus preguntas, las que, dado lo anterior, deben considerar la relatividad de sus propias construcciones.

Desde una perspectiva si se quiere Ricoeuriana, Acosta, soslayando las columnas científicas del discurso histórico plasma que ellas, relativas en sus

explicaciones, selecciones acontecimentales, delimitaciones metodológicas, se permiten producir *nuevos horizontes*, pero no a partir de un legado, de una experiencia basada en la tradición, sino a partir de la transformación *por un efecto retroactivo, del espacio de experiencia*.

Dicha dimensión problemática, ya Bloch (1996: 11) la había previsto, y Le Goff, en el prefacio de dicho texto así lo señala *La expresión misma de “legitimidad de la historia” que desde los primeros renglones emplea Marc Bloch, muestra que el problema epistemológico de la historia para él no es solamente un problema intelectual y científico, sino un problema cívico y hasta moral*. Sin embargo, como lo reseña Bloch (1996), el historiador tiene como responsabilidad macro, ante todo, *dar cuentas, dar prueba de su conciencia profesional*.

No obstante esta salvedad de Bloch, el ejercicio de historiar se agudiza un poco más cuando el mismo fundador de *Annales* plantea una máxima que Le Goff retoma en el prefacio: *No dice: la historia es un arte, la historia es literatura. Si dice: la historia es una ciencia, pero una ciencia entre cuyas características puede estar su flaqueza pero también su virtud, que consiste en ser poética porque no se la puede reducir a abstracciones, a leyes, a estructuras* (1996: 12).

La visión Blochiana de la historia como poética, concepto que remite indiscutiblemente a Aristóteles, tal vez fruto de la oposición de *Annales* a la metódica positivista Rankeana, con toda certeza abrió, más aún, las grietas de una disciplina joven y, por tanto, en construcción; dio apertura a los universos literarios y filosóficos que a futuro reclamarían sus entrecruzamientos, amén de sus naturalezas discursivas.

En este sentido, y, posiblemente, como reclamo a aquellos teóricos de la historia que dejaron poroso el universo histórico, Handlin (1997: 32) arguye

La crisis de la historia no es resultado del pasado, sino del mal uso que se le ha dado. Sus negligentes guardianes han perdido autoridad. Desconcertados por los nuevos mecanismos, divididos por dentro y confundidos por el barullo del exterior, han dejado que su materia vaya a dar a manos de los propagandistas, de los políticos, de los dramaturgos, de los novelistas, de los periodistas y de los directores sociales.

Es una urgencia salvar las distancias intersticiales en los mundos históricos y literarios. Es un imperativo salvaguardar, de cuanta quimera haya, la naturaleza y materia propia del oficio señalado por Herodoto. Es menester percatarnos de los peligros que acarrearán *las reflexiones sobre la materia de la investigación histórica*¹, a saber, los hechos, pues es en esta dirección en que se han debatido los temas más álgidos y espinosos que la ciencia histórica haya tenido. En este sentido, este trabajo se justifica.

¹ Topolsky, Jerzy (1973: 36)

3. Planteamiento del problema

Siendo pues que el conocimiento histórico y la trama literaria (en el caso de la novela histórica) representan un mismo hecho acontecimental (amén de sus mecanismos y naturaleza), más que soslayar y sacudir los cimientos de sus estatutos, es menester centrar nuestro estudio de base en el estatuto epistemológico y fenomenológico de ambos discursos. Subsiste, en consecuencia, una desviación acontecimental entre la explicación narrativa y la histórica a partir del acontecimiento narrativo. Dicha desviación es la búsqueda de intencionalidad histórica/literaria a partir de las preconfiguraciones, configuraciones, y reconfiguraciones narrativas de organización (acontecimientos selectivos del historiador o novelista) o destino acontecimental, y de los grados de afectación fenomenológica-semántica del acontecimiento.

4. Objetivos

4.1 Objetivo general

Contrastar la materia narrativa histórica y literaria como *representaciones* fenomenológicas disimiles de una misma realidad ontológica (la inquisición colonial) en la novela histórica del escritor colombiano Germán Espinosa denominada *los cortejos del diablo* y en la fuente histórica oficial de Ceballos Gómez (*Hechicería, brujería e inquisición en el Nuevo Reino de Granada*), plasmando, a su vez, un proceder hermenéutico-histórico que delimite, ostensiblemente, ambos campos.

4.2 Objetivos Específicos

1. Confrontar la naturaleza representativa del discurso histórico y el discurso literario desde diversas posturas epistemológicas, favoreciendo la orientación explicativa del primero.
2. Justificar una forma de orientar el ejercicio historiográfico, no ajeno a su propia materia (la escritura), desde posturas hermenéutico-históricas que favorezcan su estatuto de cientificidad.

5. Estado del arte

Es contraproducente saber que no son muchas las Investigaciones que se han suscitado en torno a estos dos discursos y a sus esferas de acción representativas; sin embargo, considerando aún esta dificultad, a continuación relaciono los artículos académicos y algunos textos magnéticos bajados de la red que abordan la pareja literatura e historia.

Para efectos metodológicos, comenzaré nombrando uno a uno los artículos académicos, aclarando de una vez sus epicentros de atención en correlación directamente proporcional a, de una lado, su objeto de estudio y, por otro, a su problema macroestructural.

I. Paul Ricoeur y el acontecimiento: El debate sobre la narratividad de la historia.

En este artículo, Figueroa plantea la contraposición entre Ricoeur y la Escuela de los *Annales*, en tanto, la última, no asume la historia como narración o suma de acontecimientos seriados. El filósofo de la historia francés, por su parte, verá el ejercicio histórico, siempre, como una trama que indefectiblemente hará alusión a los hechos. Por tanto, Figueroa iniciará el recorrido polémico por la discusión ancestral sobre la naturaleza del discurso histórico, iniciada por lingüistas, literatos y filósofos, remontándose a los años 60.

En cuanto a la metodología, es el mismo Figueroa quien, bajo esquemas argumentativo/expositivos, señala: *Consideraremos, primero, algunas características que la teoría de Ricoeur reconoce en todo relato y, en seguida, el corte epistemológico que la historia plantea al respecto*². Para ello, elabora mediante estrategia enumerativa cada una de las premisas de Ricoeur acerca de lo que éste entiende por la noción de acontecimiento histórico.

Finalmente, Figueroa, del lado de Ricoeur, concluye que lo que interesa, en síntesis, es darle a la historia el estatus narrativo que también tiene la literatura.

II. Panorama de la historiografía literaria en torno a la región: historias, política, propuestas.

Este artículo, elaborado por el colectivo: Higuera Gómez, Garzón Agudelo, y Largo Gaviria, fue objeto de esta rastreo bibliográfico pues, lejos de abordar el eje problemático historia y literatura en tanto naturaleza de ambos discursos, pone el acento en el tema de la heterogeneidad territorial colombiana en proporción a la construcción misma de nación. Se trae a colación, justamente, porque aborda el concepto *representaciones*, de ahí que su ejercicio historiográfico.

El texto se servirá de estadísticas regionales (del gran Cauca, Los Llanos, El Altiplano Cundiboyacense, Antioquia, El caribe, Amazonas...) que le permitirán afirmar su tesis: *Abordar una historia que parta de las regiones, las identifique, particularice y*

² Figueroa (2003: 44)

*enmarque según su especificidad, creemos, derivaría en un conocimiento de las diferencias apto para la inclusión y la aceptación de una totalidad fragmentada como la nuestra*³.

III. El general en su laberinto de Gabriel García Márquez y Conviene a los felices permanecer en casa de Andrés Hoyos: dos visiones de la independencia de Colombia.

En este artículo, Gustavo Forero Quintero, actual profesor de la Universidad de Antioquia, compara las perspectivas políticas de dos novelas históricas cuyo nudo temático es la independencia de Colombia. Aunque, el ejercicio que realiza Forero estriba en la literatura comparada, esto es, las dos visiones filosóficas de la historia de Colombia, una, desde el ángulo de los “grandes hombres”, y la otra, en cambio, desde la óptica de los sectores sociales difusos. Dicho ejercicio, constituye, sin duda alguna, una fuente de acercamiento imprescindible para mi trabajo pues, según él, *el segundo texto determina los efectos ideológicos de la literatura histórica*⁴, efectos ideológicos que tienen como plataforma teórica a Hegel y a Carlyle, en tanto, “los grandes hombres” son la fuerza determinante del accionar de los pueblos.

³ Higuera Gómez (2006: 93).

⁴ Forero Quintero (2011: 199).

IV. Las leyendas históricas de Herminia Gómez Jaime: la ficcionalización de la historia.

En este artículo, Ana María Agudelo Ochoa analiza el conjunto de leyendas históricas de Herminia Gómez Jaime a la luz de las formulaciones teóricas de Alfonso Reyes y Hayden White, demostrando que toda narración constituye una reinterpretación de la historia, de los sucesos históricos que, además, están cargados de funciones estéticas e ideológicas.

El análisis tiene como esqueleto argumentativo, en primer lugar, la definición de lo que ella, a la luz de teóricos de renombre como Manuel Calle, entiende como leyendas históricas, en segunda instancia, correlaciona, a la luz de White, la similitud entre el discurso histórico y el discurso literario; luego, en tercera instancia, hace alusión a las once leyendas históricas de mayor renombre y se explayará en solo algunas; y, finalmente, ofrecerá algunas conclusiones respecto a la narrativa de Herminia Gómez Jaime.

V. ¿Descolonización de la historia? El caso de la novela histórica en la región norteandina.

Brigitte Konig, con una erudición sin igual, abordará en el artículo las relaciones complejas entre la historia y la literatura, básicamente, en la región norteandina.

Para König, las novelas históricas y las nuevas novelas históricas latinoamericanas son sencillamente un contra-discurso ante las versiones oficiales hegemónicas. De ahí, que, el artículo se decante por los discursos imperantes de los tiempos abordados en la historiografía y en sus recepciones.

Así, la autora propondrá, al lector, al crítico literario, y al historiador, analizar los textos: *la historia doble de la costa y el general en su laberinto* afirmando que quien cuenta la historia lo hace desde una experiencia, esto es, *según la orientación de clase social o grupos a los cuales perteneces*⁵.

VI. El mito del mestizaje en la novela histórica de Germán Espinosa por Gustavo Forero Quintero.

En esta tesis que le publica como libro la Universidad Externado de Colombia, Forero (2006) abordará como nodo central el concepto de tiempo en las novelas históricas de Espinosa como órdenes de metáforas, como reescritura de la historia.

En su análisis de la novela histórica, Forero aducirá que son vitales los conceptos de cruce de culturas y el concepto de nación para deducir que Espinosa hace reflexiones importantes como *el mito cristiano es la base del discurso nacional* (2006: 15).

El autor pues, analizará la cosmovisión de Espinosa a la luz de las críticas Estructuralistas, semiológicas, liberales, religiosas y fenomenológicas para confirmar la tesis de que el hombre es el propio dios del tiempo.

⁵ König (2005: 39).

Esta propuesta, indiscutiblemente, será un documento obligado para la puesta en escena de mi acercamiento metodológico.

VII. Discurso histórico y discurso literario: el carnero. Carlos Rey Pereira.

Es una tesis de doctorado modelo 2000, Madridista, de seiscientas veinte páginas: doscientas cincuenta y cinco de ellas dedicadas a la relación historia y literatura, y el remanente de páginas serán objeto de estudio de la obra *El Carnero*. En la primera Relación, Rey clarificará los conceptos de historia y literatura de sus campos propiamente dichos, luego, los fusionará con el concepto de realidad, esto es, *historia y realidad admitida en la narración literaria* e *historia y realidad admitida en la narración histórica*.

En este mismo sentido, Rey acudirá a las teorías narratológicas⁶ para analizar la naturaleza de ambos discursos, de ahí que aborde conceptos de la teoría literaria como voz narrativa, perspectiva o focalización, tiempo de la enunciación, tiempo del enunciado... Es de esperar, por tanto, que la segunda parte de su trabajo sea analizar *El carnero* bajo la óptica de las teorías literarias, y no al menos bajo ambas ópticas, la historiográfica y la literaria.

No obstante, este problema en su naturaleza metodológica, este trabajo es un punto de partida imprescindible para mi trabajo.

⁶ Modelo que considero peligroso, pues la naturaleza metodológica de la narratología, sin bien es cierto puede abordar el discurso histórico como texto, no es la más indicada, pues este discurso no tiene como finalidad misma la construcción de la trama. Ésta es su herramienta no su finalidad. Además, el conocimiento histórico trabaja con la premisa de una trama explicativa que se crea bajo categorías conceptuales definidas. Bajo esta premisa abordaré teórica y metodológicamente mi trabajo.

VIII. Las novelas históricas de German Espinosa. Manuel Enrique Silva Rodríguez.

Es una tesis doctoral modelo 2008 que engrana de una forma exorbitante cada una de las propuestas temáticas de Espinosa en cada una de sus novelas históricas. La tesis, por tanto, estará dividida en nueve partes: la primera de ellas atenderá a una mirada panorámica del autor, si se quiere, psicologisista. En ella, se aboga por la trayectoria del escritor, su religión, las formas de su lenguaje...

La segunda parte, acudirá a entrecruzar los universos discursivos histórico-literarios.

En la tercera parte, el autor hará algunas precisiones sobre los conceptos de novela y de género; además, abordará la evolución que ha tenido la misma en Hispanoamérica y en Colombia, sobre todo en materia de entrecruzamientos.

Los cortejos del diablo será el objeto de análisis de la cuarta parte, para lo cual, el autor desarrollará conceptos de la teoría literaria narratológica bajo el tamiz de la trama, tiempo histórico, personajes, espacio...

Las demás novelas de Espinosa, *La tejedora de coronas*, *El signo del pez*, *Sinfonía desde el nuevo mundo* y *Los ojos del Basilisco* son, respectivamente, La quinta, sexta, séptima, y octava parte, claro está, analizadas también desde la óptica narratológica.

IX. Las Cartagenas de Germán Espinosa. Luis Ernesto Rozo Jiménez.

Rozo Jiménez (2010), magníficamente, hace una descripción si se quiere geohistórica y mental (historia de las mentalidades) de aquellas Cartagenas que el

novelista dibujó en *Los cortejos del diablo*. Pasando por las instituciones y habitantes de la ciudad (la corona, la iglesia, el santo oficio, la familia, los criollos, mestizos, cristianos, judíos, nativos y exiliados), por los espacios públicos (la mazmorras de la inquisición, las residencias familiares, las prácticas del subsuelo, el miedo y la afrenta pública, las leyes del espectáculo), por la ciudad narrada (procesos de denuncia, confesión y condena, esto es, por los discursos del deseo y la ley), y por la ciudad del otro (las heterotopías, la endogamia, el mestizaje).

Bajo este esqueleto explicativo, por cierto, Rozo Jiménez (2010: 15) aclara

La trama y el argumento de esta novela permiten ver el orden colonial, en el que surge y se desarrolla la ciudad de Cartagena, desde dos discursos opuestos que hacen posible reconstruir los diversos imaginarios y las tensiones sociales propias de un momento en el que el proyecto colonial parece tambalear. Las tensiones propias de esta situación se reflejan en el choque de dos discursos antagónicos que determinan las prácticas urbanas y la ciudad misma. Por un lado, encontramos el discurso de la ley, encarnado en las instituciones coloniales (iglesia, corona y familia), y por otro lado, encontramos un discurso femenino insurrecto e histérico, que se erige desde el principio del deseo como forma de rebelión ante el principio de la realidad impuesto por la ley patriarcal del colono.

Digamos aquí que, esta tesis será el timón para el abordaje de la novela que analizaré. Aclaro, el timón metodológico, pues este texto acude a un análisis de la novela no bajo los conceptos propios de las teorías literarias, sino bajo los conceptos historiográficos de diversas escuelas, *verbi gracia*, de la historia de las mentalidades.

Como puede verse, es muy exiguo el campo en materia investigativa de la juntura o disyunción de los universos discursivos literarios e históricos. Es, sí, una constante que en los distintos trabajos analizados justifiquen el intersticio y entrecruzamiento literatura e historia, lo cual agudiza aún más el estatuto historiográfico del que hablamos en la justificación.

6. Marco Teórico

El que se sale reflexivamente
de la relación vital con la tradición
destruye el verdadero sentido de ésta.
Gadamer (1975: 437)

Definitivamente, la historia es una ciencia eminentemente añeja funcionalmente hablando, pero gaya científicamente reflexionando. Con todo lo que ello acarrea. Bien sea como información, bien como poética, bien como investigación, el lastre de los años, de alguna manera, la ha llevado a posiciones epistemológicas y fenomenológicas extremas.

Pensarla, como teoría y como práctica, exige un giro onomástico. Onomástico, pues, justamente, bajo la mirada retrospectiva de la historia, como siempre ha de ser aunque desde el presente, se invoca necesariamente a personajes cuyas acciones teóricas han repercutido a través de las edades en el proceso que hoy llamamos historiar. Así, desde Herodoto, Flavio Josefo, Ranke, Bloch, Le febvre, Le Goff, Braudel, White, Levi Strauss hasta Burke, por mencionar sólo algunos, la puesta en práctica del oficio de historiar ha adquirido diferentes matices desde modelos que, en consonancia con los avatares propios de la historia misma, constituyen su evolución epistemológica y científica.

Pero, ¿Es nociva esta evolución? Desde el punto de vista ético, ¿Hasta qué punto esas formas nominales vertidas en escuelas han hecho del oficio una propuesta seria, y no vulgarizada, de representar diáfananamente la realidad acontecimental cuyo objeto de estudio lo constituyen por cierto los hechos y cuya representación pasa, indubitadamente, por la mirada cognitiva y experiencial del hombre? Si el oficio de historiar parte, entonces, de una mirada, de una selección, de un acto configurador lógico, coherente y científico ¿Cómo hacer que esa mirada, o postura si se quiere, no sea subjetiva y, por ende, pueda mostrar objetivamente la realidad acontecimental tal como

sucedió? ¿Puede, por cierto, el ejercicio histórico analogarse e igualarse a formas narrativas que, oblicuamente y/o eclécticamente, representan supuestamente la misma realidad amén de sus desviaciones acontecimentales y, por tanto, reales?

Admitamos entonces que, la historia es el conocimiento, discursivo, transmitido por la humanidad del pasado. La historia constituye *una serie de discursos sobre el mundo. Los discursos no son los que crean el mundo, pero si lo apropian y dan un sentido mismo. Es el uso de diferentes categorías y conceptos lo que ofrece las posibilidades de lograr distintas interpretaciones* (Jenkins: 6-7). Discursos que, de una u otra forma, moldean y representan los acontecimientos.

Precisamente, de esta circunstancia nace el núcleo y nodo problemático que envuelve a la práctica histórica manifiesta en su discurso, en su *estatuto escriturario*, esto es, aquella reflexión suscitada por la lógica, la filosofía de la historia, la teoría de las ciencias que en su inmanencia abarca dos tipos de interés⁷:

- Interés en las operaciones cognoscitivas usadas en la investigación científica.
- Interés en los resultados de dichas operaciones cognoscitivas.

Siguiendo a Topolsky (1973: 21-56), la ciencia entendida como un proceso cognoscitivo, es decir, el primer centro de interés, llamada también metodología pragmática, es la ciencia como actividad, como práctica, como oficio de los estudiosos, en tanto la segunda, aquella concebida como el producto de dichas operaciones, es apragmática.

Dado que el discurso histórico eclipsa estas dos esferas, pues es entendido como práctica y como resultado, esto es, como texto final, entonces, el conocimiento científico del que también forma parte la historia *es simplemente una variante del conocimiento humano en general, y los problemas fundamentales del conocimiento científico pueden resolverse solamente sobre la base de resultados de las reflexiones*

⁷ Aquí, hago referencia a Topolsky (1973: 21) cuando señala los principales aspectos y ramas de la metodología de las ciencias.

gnoseológicas generales (Topolsky: 1973; 31). En este sentido y en otro que añadido, cualquier acercamiento a la esfera histórica por más objetiva que sea, inevitablemente, abogará sobre la base de la reflexión no sólo gnoseológica sino, también, filosófica.

Digo esto, porque siendo los hechos pasados el objeto mismo de la historia ¿De qué otra herramienta, además del ejercicio heurístico, arqueológico, antropológico.... (Ciencias auxiliares de la historia), precisa el historiador si no de la reflexión en cuanto al objeto y las formas que su trabajo amerita? Hechos y formas. Formas y hechos.

En este sentido, como es natural y tal vez obvio, además de las reflexiones que precisa la epistemología, y en consecuencia la ciencia histórica, una reflexión más es menester hacer, sino la principal, *Las reflexiones sobre la materia de la investigación histórica (...) los hechos*. (Topolsky: 1973; 36).

Si se plantea que la ciencia histórica intenta, internamente, llegar a hacer afirmaciones verdaderas sobre la realidad acontecimental bajo el filtro propio de la objetividad entonces se tiene que conocer tanto el método como los medios para señalarlos. Por tanto, se suscitan diversos cuestionamientos en este orden: ¿Qué hace el discurso histórico con la realidad, pues la misma escapa inexorablemente al acontecer humano? ¿Hasta qué punto es posible señalar su objetividad si la observación histórica que ejecuta es de carácter indirecto y está plasmada de discursos configuradores humanos?

En respuesta a estas reflexiones, la disciplina histórica, o si se quiere la *gaya ciencia*, en ausencia de una *operación historiográfica* definida, optó por transpolar la metodología propia de las ciencias naturales⁸ en aras de construir una verdad objetiva⁹.

⁸ Gadamer (1975: 31) afirma que, La autorreflexión lógica de las ciencias del espíritu, que en el siglo XIX acompaña a su configuración y desarrollo, está dominada enteramente por el modelo de las ciencias naturales. Un indicio de ello es la misma historia de la palabra “ciencia del espíritu”, la cual sólo obtiene el significado habitual para nosotros en su forma de plural. Las ciencias del espíritu se comprenden a si mismas tan evidentemente por analogía con las naturales.

De esta manera, las ciencias del espíritu, entre ellas la historia, se comprendían así mismas a partir de la puesta en escena de una lumbrera mayor: el positivismo. Bajo este estandarte científico se intentaba mostrar que también en el ámbito de las ciencias espirituales tiene validez única el método que subyace a toda ciencia natural, esto es, el inductivo.

Siguiendo a Gadamer (1995: 33-34), fue con las translaciones de la física y la medicina a los ámbitos de las ciencias del espíritu como Helman Helmholtz¹⁰ *realizó su justísima ponderación de las ciencias naturales y las del espíritu (...) teniendo en cuenta el ideal metódico de las ciencias naturales.*

De modo que, la influencia univoca de las ciencias inductivas deberían permear todos aquellos campos y disciplinas que pretendían un estatus autoritativo en el universo académico y, justamente, ese avasallamiento epistemológico y metodológico llevaba, implícitamente, la formación¹¹ de una conciencia científica y metódica en el modo de conocer de las ciencias del espíritu.

⁹ Fontana (1992: 25) por su parte, señala que hay otra modalidad de huida tal vez mas común, y posiblemente más dañina que el escepticismo metodológico (o su hijo directo, el escapismo narrativo), y es la que lleva a buscar el auxilio de otras ciencias sociales, menos controvertidas que la historia y con un mayor prestigio académico para suplir con sus métodos la pérdida del viejo instrumental analítico en el que ya no se sigue confiando.

Lo que ocurre es que esta huida hacia la ciencia no es nueva, dice Fontana, y nos obliga a tomar el fenómeno con cierta distancia en el tiempo para hacer más explicable su florecimiento actual.

¹⁰ Helmholtz fue un médico y físico alemán. Nació en Potsdam. Fue el primogénito de un director de instituto, Ferdinand Helmholtz, que estudió filología y filosofía clásica y amigo cercano de Immanuel Hermann Fichte. Por ello, se comprende que el trabajo de Helmholtz sea influido por Fichte y Kant, cuyas teorías trató de trasladar a actividades empíricas como la psicología.

Según Gadamer (1995: 34) para Helmholtz el ideal metódico de las ciencias naturales no necesitaba ni derivación histórica, ni restricción epistemológica y, por eso, no podía comprender lógicamente de otro modo el trabajo de las ciencias del espíritu.

¹¹ En lo que concierne a este concepto, Gadamer (1975: 38) realiza una historia del mismo, y justifica su importancia en el ámbito de las ciencias blandas, por así decirlo. De hecho, en un pie de página, la explica así: *el término alemán Bildung, que traducimos como "formación", significa también la cultura que posee el individuo como resultado de su formación en los*

Concluamos por ahora que la diseminación positivista llevada a cabo por Helmholtz creó no sólo un acercamiento teórico y metodológico en las esferas académicas de su época, aún de la nuestra, sino, también, una alfabetización cultural de las mismas, pues hoy por hoy, el patrón positivista¹² sigue demoliendo estructuras antípodas.

Sin embargo, esta luminaria teórica, en el ámbito histórico dio sus frutos con los aportes científicistas de Leopold Von Ranke¹³. Con Ranke, desde el punto de vista científico-inductivo, la disciplina histórica adquiere ya aquel estatus que tanto añoraba, al hacer del oficio del historiador una tarea eminentemente documental. Sin embargo, esa tarea se hacía más compleja cuando la separación, no advertida aún por el positivista histórico (leve pero al fin y al cabo separación), con el modelo del cual había brotado se hacía evidente para nosotros hoy. Dicha separación, de naturaleza fenomenológica se expresa así:

Reconozcamos que la historia no puede tener nunca la unidad de un sistema filosófico; pero tampoco carece de unidad interna. Tenemos ante nosotros una serie de acontecimientos que se siguen y se condicionan unos a otros.

contenidos de la tradición de su entorno. Bildung es, pues, tanto el proceso por el que se adquiere cultura como esta cultura misma, en cuanto patrimonio personal del hombre culto. No traducimos dicho termino por "cultura" porque la palabra española significa también la cultura como conjunto de realizaciones objetivas de una civilización, al margen de la personalidad del individuo culto, y esta suprasubjetividad es totalmente ajena al concepto de Bildung, que esta estrechamente vinculado a las ideas de enseñanza, aprendizaje y competencia personal.

¹² Al respecto, Gadamer (1995: 48) hace una recusación: ¿Pues que podría significar la nueva metodología del XVIII para las ciencias del espíritu? Basta leer los capítulos correspondientes de la Logique de Port-Royal sobre las reglas de la razón aplicadas a las verdades históricas para reconocer la precariedad de lo que puede hacerse en las ciencias del espíritu partiendo de esta idea del método. Son verdaderas trivialidades.

¹³ Comúnmente considerado como el padre de la historiografía científica. Entre sus postulados hay dos que debemos soslayar: por una parte, no debe existir una teoría histórica, con esquemas previos que imponga sobre el pasado como se hacía anteriormente. Por otro lado, dice que sea el pasado el que hable, el historiador no tiene boca. Pone de manifiesto un método: el filológico, que consiste en el recurso a los documentos.

Cuando digo que se condicionan, esto no hace referencia desde luego a una necesidad absoluta. Lo grande es mas bien que en todas partes cuenta la libertad humana: la historiografía rastrea las escenas de la libertad; esto es lo que la hace tan apasionante. Pero con la libertad se asocia la fuerza, una fuerza original; sin ella la libertad se acaba tanto en los acontecimientos mundiales como en el terreno de las ideas. En cada momento puede empezar algo nuevo que solo podría reconducirse a la fuente primera y común de todo hacer y omitir humano; nada está ahí enteramente en virtud de lo demás; nada se agota del todo en la realidad de lo otro (...) Lo que ya ha sido constituye el nexo con lo que será. Pero este mismo nexo no es algo que deba tomarse arbitrariamente, sino que ha sido de una determinada manera, así y no de otro modo. Es también un objeto del conocimiento. Una larga serie de acontecimientos, uno tras otro y uno al lado del otro, unidos entre sí de esta manera, forma un siglo, una época. (Gadamer: 1975; 261).

Aunque cargado con el espíritu inductivo del siglo XIX, y tal vez por ello, Ranke hace del conocimiento histórico una ciencia pues la reflexión epistemológica y conceptual que plantea suscita en el curso de la historia un leve desvío de la metodología general de las ciencias naturales. Bajo el espíritu filológico profundo que le caracterizaba, y filosófico a tientas, Ranke descubre las macrovariables que, además de ubicar a la historia en el estatus de cientificidad que buscaba, catapultarían a la misma en otra dirección que aquel modelo pregonaba.

Fuerza y libertad. La fuerza es, definitivamente, la categoría central de la concepción histórica del mundo porque en ella, según Gadamer (1975: 261) *se dan unidas la interioridad y la exterioridad en una unidad particularmente tensa*. La libertad en tanto para Ranke sería vista como la fuente primaria y común de todo hacer y omitir humano.

Para la visión científicista de la historia la libertad estaría limitada en sentido fenomenológico por las realidades retrospectivas pasadas, esto es, con los nexos propuestos por otras realidades preexistentes, pero reales al fin y al cabo. Digo esto, pues es el mismo Ranke quien plantea su máxima: *Lo que ya ha sido constituye el nexo*

con lo que será. Esta máxima fenomenológica de carácter acontecimental es lo que se puede definir como la realidad histórica, esto es, *que lo que está en camino de ser es desde luego libre, pero la libertad por la que llegará a ser encuentra en cada caso su restricción en lo que ya ha sido, en las circunstancias hacia las que se proyectará su acción* (Gadamer: 1975; 263).

Con todo y lo anterior, la historiografía occidental recibió en toda su dimensión el legado de una ciencia histórica positivista decadente, *un cadáver viviente* que si bien estaba presente aún en muchos recintos academicistas, lo hacía *sólo porque seguía siendo alimentada y promovida desde las esferas de los poderes políticos aún dominantes*. (Aguirre Rojas: 2004; 138). Era por tanto evidente que, esa historia inductiva, puramente descriptiva, neutra y acrítica, estaba al orden del día para las versiones legitimadoras de la historia oficial de turno.

Esta historiografía, muerta *desde hace ya muchas décadas, habiendo sido incapaz en todo el siglo XX de aportar ni una sola innovación histórica, ningún método o teoría nueva, y ni siquiera alguna técnica o procedimiento importante para el análisis historiográfico contemporáneo* (Aguirre Rojas: 2004; 138) reclamaba urgentemente trazos distintos como llamaría Aguirre en su recorrido historiográfico. Y, justamente, para ser exactos fueron cuatro:

- I. La incorporación total, por múltiples vías, del presente¹⁴ dentro de la historia.
- II. La asunción radical de las también múltiples implicaciones que conlleva la naturaleza de la historia como ciencia que es susceptible de efectos sociales¹⁵ fundamentales.

¹⁴ En este sentido es muy común, según Aguirre Rojas (2004: 139) que todas las principales corrientes historiográficas actuales, posteriores a 1968, recuperen y reivindiquen con plena legitimidad métodos, teorías, técnicas y problemas que antes eran hábilmente asociados con otras ciencias. Muestra de ello es la recuperación de la Escuela de Frankfurt por parte de la microhistoria italiana, o el volcamiento de *Annales*, cuarta generación, hacia la sociología de la acción, la economía de las convenciones, y a la perspectiva *world-system analysis*.

- III. La asunción, con plena conciencia, de la evidente crisis y caducidad de la episteme parcelada para el conocimiento de lo social¹⁶.
- IV. El claro florecimiento y expansión en su seno de la específica rama de la historiografía¹⁷.

Sin embargo, amén del florecimiento de nuevas propuestas, una revolución *multipolar o policéntrica* se configuraba: *ahora compiten abiertamente varios polos fuertes, e incluso algunos polos emergentes importantes, en la tarea de escenificar los debates, escribir las obras más importantes, o abrir los nuevos campos problemáticos y las nuevas líneas de investigación de la más actual vanguardia historiográfica.* (Aguirre Rojas: 2004; 146).

Cuatro polos aparecerían en el escenario occidental que eliminarían *todo colonialismo intelectual* y hegemónico en cuanto al propio oficio de historiar. Dichos polos generarían las bases de un acercamiento inverso al proceder cientificista de la historia total. Una nueva cultura universal, *más democrática, más rica, más plurifacética*, aventuraba una revolución de la cual, hoy, la historia a secas no ha podido desmitificar. Los cuatro polos¹⁸ son:

¹⁵ Aguirre Rojas (Ibíd.: 140) señala que ello significa el estudio y explicación de los procesos sociales, colectivos, de las masas, de las clases sociales, de la cultura popular y de los grandes grupos sociales, además de la asunción, integralmente, de la responsabilidad social de la historia. Rescatemos también de *este trazo*, la consecuencia inmediata que ello reclama, esto es, que todo ejercicio del oficio de historiar supone *una necesaria toma de posición ideológica o social*, y ya sabemos lo que eso acarrea.

¹⁶ Aquí, se hace referencia a la superación de las limitadas visiones historiográficas y, en consecuencia, a la promoción de las miradas inter-multi-trans y pluridisciplinariedad,

¹⁷ Sin lugar a dudas, esta introspección historiográfica, ese mirarse al espejo, esa autoconciencia, fomentada por Bloch, Febvre y Braudel en la primera etapa de *Annales* constituye el punto bisagra y, a su vez, de fuga para que los polos que emanan de *estos trazos* hagan más problemático la teoría histórica, pues, ante todo, *este trazo* despojó a la historia de su *inocencia*.

¹⁸ Es importante anotar aquí que, aparte de los polos que a continuación se señalan, existen tres polos emergentes más que Aguirre Rojas (2004: 168-175) indica, es decir, el polo de la historiografía rusa, el polo del nuevo acontecimiento alemán y, finalmente, el polo de la

- I. La historia social de las prácticas culturales.
- II. El conjunto de perspectivas o líneas de investigación que se agrupan genéricamente como: historiografía socialista británica¹⁹.
- III. La microhistoria italiana²⁰.
- IV. La perspectiva metodológica del *world system analysis*²¹.

A partir de este recorrido y apuesta teórico-metodológica de la historia, cabría preguntarnos ¿En cuál de los *trazos* o *polos* opera el problema epistemológico que aventura a la ciencia histórica como una forma narrativa y que se entrecruza e iguala con la narrativa literaria? Adviértase que el problema tiene su génesis en el primer polo historiográfico, esto es, en la nueva historia cultural.

¿Qué es la nueva historia cultural? ¿De qué manera y bajo que presupuestos conceptuales se entroniza el narrativismo histórico como modelo historiográfico? ¿Significa esto otro modo de ser de la historia o, por el contrario, este hibridismo atenta contra el estatuto epistemológico y fenomenológico de la teoría histórica? ¿Existen, en realidad, entrecruzamientos entre este tipo de discursos? y si así fuere ¿De qué

historia regional latinoamericana. Sin embargo, los mismos no adquieren la importancia necesaria para su asunción en este trabajo.

¹⁹ Estas perspectivas comparten en su conjunto, según Aguirre Rojas (2004: 153), el hecho de defender una historia profundamente social, concentrada en revalorar y restablecer el papel de las clases populares y oprimidas dentro de la historia, siempre desde posiciones de izquierda.

²⁰ Cuyo núcleo u horizonte metodológico es la defensa del *cambio de escala*, es decir, la historia no contada ya desde arriba como lo hacía la historia hegemónica, sino desde la voz de los hombres de abajo, de las víctimas, clases populares oprimidas, clases marginadas...

²¹ Esta postura marxista reivindica la imprescindibilidad de construir análisis globalizantes desde la visión de larga duración Braudeliana; Crítica, además, las unidades de *sociedad*, *estado*, *nacionalidad*.

naturaleza serían los mismos? ¿Qué papel juega la novela histórica en medio de esta discusión?

Definitivamente, este giro radical, conocido como el giro lingüístico²² y como *polo revolucionario* de las corrientes historiográficas, intenta desestabilizar las cepas y columnas que durante siglos recientes, al menos, la ciencia histórica había fundado. Esta nueva dimensión y manera de ver el fenómeno histórico permeabilizaría e interconectaría la ciencia historiográfica con la gran mayoría de las ciencias del espíritu.

¿Qué es, entonces, la nueva historia? Burke (1994: 14) la define como

Una historia escrita como reacción deliberada contra el “paradigma” tradicional, según el término útil, aunque impreciso, puesto en circulación por Thomas Kuhn, el historiador americano de la ciencia. Convendría describir ese paradigma tradicional como “historia Rankeana”, por el gran historiador alemán Leopold Von Ranke, si bien el mismo estuvo menos constreñido por ella que sus sucesores. También podríamos dar a este paradigma el nombre de visión de sentido común de la historia, aunque no para elogiarla sino para recalcar que a menudo –demasiado a menudo- se ha supuesto que era la manera de hacer historia y no se consideraba una forma de abordar el pasado entre otras variables posibles. Por razones de sencillez y claridad podríamos resumir en siete puntos la oposición entre historia vieja y nueva.

²² Según Aróstegui (2001: 182) los precedentes de este fenómeno se remontan a De Saussure y a Chomsky. Del primero, en tanto con su *Curso de lingüística general* señala la lengua como un sistema de signos que transvasa todas las esferas del conocimiento, y del segundo, en tanto relaciona la lengua con el entendimiento. Sin embargo, en la esfera histórica no fue sino hasta los años 70 en que se inicia esta nueva situación.

Aróstegui aclara también que además de los aportes lingüísticos acotados, el pensamiento filosófico tendrá una importante gravitación en este campo con los aportes del Rorty relativos a la filosofía de la segunda mitad del siglo XX, quien consideraba que todo problema filosófico era un problema del lenguaje, *que toda expressão de pensamento não poderia, de qualquer forma, separado de sua expressão linguística próprio* (2004: 183)

Ya sea pues sobre historias desde abajo, de género, del cuerpo, del pensamiento político, de las imágenes, se llega, a partir de Braudel, a *la historia de los acontecimientos y renacimiento de la narración*.

Desde el *polo cultural*, o si se quiere giro cultural, se dibuja una forma lingüística definida: un giro narrativo pues según él mismo, por más inductiva, nomológica²³ y estructural que sea la historia, ella, jamás abandonó la narración²⁴.

So pretexto de ello, autores como Chartier, De Certeau, Ricoeur, White, Barthes, Jitrik, por mencionar sólo algunos, proponen un modelo narrativo que sacudirá con vehemencia el estatuto epistémico y ontológico de la ciencia histórica.

Conviene al respecto, definir el modelo citando a Paul Veyne

Os fatos de interesse do historiador depende da intriga está construindo. Os historiadores falam de intriga, ou seja, as rotas traçadas por eles através de diferentes campos-acontecimental não muito objetiva. Um evento é uma possíveis rotas de passagem. As intrigas são realmente de corte livre, um conjunto de processos, agindo e sofrendo os homens e as coisas (Reis 2003: 134).

²³ Según Reis (2003: 106-110) este modelo es considerado por los neopositivistas como científico. Para ellos, *a história teria o mesmo nível da ciência física (...) afirmar a unidade do método científico. No entanto, a importante contribuição dos Reis, não há, a meu ver, quando aponta que eles negam quaisquer procedimentos de validade epistemológica como a empatia, compreensão e interpretação, o que daria um caráter específico para o conhecimento histórico.*

²⁴ Por su parte, Ricoeur (2003: 194-208) hace una crítica bastante fuerte al modelo nomológico señalando, entre otras cosas, que el estatuto narrativo de la historia ha sido desdeñado por las grandes escuelas historiográficas, verbi gracia, *Annales*, pues considera que su piedra de toque ha sido la noción de acontecimiento y no la de narración. Añádase aquí también que esta discusión para Ricoeur sólo ha tenido grande acogida en el mundo Anglosajón.

Para los historiadores narrativistas, la escritura de la historia es una labor intelectual; sin embargo, ésta no produce conciencia histórica²⁵. En esta medida, todos ellos concuerdan en que el conocimiento del pasado, no es conciencia, más bien, es una reconstrucción racional²⁶.

Sustentada ya la definición del modelo, resta, pues, mostrar los grandes presupuestos conceptuales, las tesis que predicen, los entrecruzamientos que advierten, las ejemplificaciones y evidencias y, finalmente, las debilidades que se dilucidan.

Siendo que el modelo narrativo de la historia es una nueva forma de abordaje, un camino propuesto por la nueva historia cultural, entonces podríamos preguntarnos ¿Bajo qué presupuestos conceptuales es obligatorio para la historia esta mirada? ¿Bajo qué línea epistemológica y fenomenológica se hacen necesarios estos estudios? Para ello, Chartier (2005b: 13-14) indica el camino en tres instancias:

- I. Al centrar la atención en los lenguajes, las representaciones y las prácticas, la *new cultural history* propone una manera inédita de comprender las relaciones entre las formas simbólicas y el mundo social.
- II. La *new cultural history* encuentra modelos de inteligibilidad en disciplinas vecinas que los historiadores habían frecuentado poco hasta ese entonces: por un lado, la antropología; por otro, la crítica literaria.
- III. Esta historia, que procede más mediante estudios de caso que mediante teorización global, condujo a los historiadores a reflexionar sobre sus propias prácticas y, en particular, sobre las elecciones conscientes o las determinaciones

²⁵ La propuesta que presenta esta tesis, más adelante como síntesis de una tesis y antítesis, manifiesta en este marco teórico estriba básicamente en el concepto Gadameriano de conciencia histórica sin la cual no es posible ningún tipo de acercamiento al la práctica histórica como ciencia histórica.

²⁶ Este tipo de racionalidad es de tipo intelectual-organizativo pues los datos que se recolectan, de naturaleza indirecta y oblicua, se refieren, por tanto, a una temporalidad que no es el *Dasein* Heideggeriano.

desconocidas que rigen su manera de construir las narraciones y los análisis históricos.

La intersección y entrecruzamiento entre historia y literatura, en consecuencia, está autorizada no sólo desde factores eminentemente narrativos sino, también, desde la esfera historiográfica.

Indiquemos aquí que en este trabajo las tres líneas señaladas por la historia cultural²⁷ son tres tensiones y hechos problemáticos; sin embargo, en el mismo, sólo

²⁷ Convéngase aquí, acotar la diferencia que existe entre ésta y los Estudios culturales. Estos últimos son, a diferencia de la historia cultural, según Grossberg, Nelson y Treichler (1992:4), *un campo interdisciplinar, transdisciplinar y a veces contradisciplinar, que actúa en medio de la tensión de sus mismas tendencias para acoger un concepto de cultura que sea amplio y antropológico y, a la vez, restringido y humanista. A diferencia de la antropología tradicional, se han desarrollado, sin embargo, a partir de los análisis de las sociedades industriales modernas. Están constituidos por metodologías claramente interpretativas y valorativas, pero a diferencia de lo que ocurre en el campo humanista tradicional, rechazan la coincidencia de la cultura con la alta cultura, sosteniendo que todas las formas de producción cultural necesitan un estudio que avance en relación con otras actividades culturales y con estructuras históricas y sociales. De ese modo, los Estudios culturales se han comprometido con el estudio del inventario completo de las artes, creencias e instituciones de la sociedad, al igual que de sus actividades culturales.* En relación a las aproximaciones teóricas ilustradas los Estudios culturales se caracterizan tanto por la presencia de la investigación sobre el texto y de la investigación sobre el contexto, de ahí que su pluralidad de opciones presentes dentro de una misma aproximación teórica constituye, por así decirlo, la forma de la sustancia de los Estudios culturales. Por tanto, en este sentido, en medio de este *Boom* norteamericano, el eje del discurso y de la narrativa, si se quiere, tiene cabida, desde gran número de metodologías y posturas ideológicas diferentes. Las metodologías adoptadas van desde las estrictamente textuales hasta las etnometodológicas, gracias a la incorporación, siempre parcial, de teorías de la crítica literaria, del neomarxismo, del psicoanálisis, del estructuralismo, del posmodernismo, del feminismo, de la antropología cultural, del poscolonialismo.

Según Jenks (1993: 157) sus características o rasgos principales son:

- Los Estudios culturales actúan utilizando un concepto extenso de cultura [...] Se adhieren al punto de vista antropológico de la cultura entendida como «el modo de vida completo de un pueblo», a pesar de que no concuerden con el punto de vista que define la cultura en cuanto totalidad.
- Los Estudios culturales legitiman, justifican, celebran y politizan todos los aspectos de la cultura popular. Consideran la cultura popular como algo dotado de valor de por sí y no en cuanto «fenómeno sombra» o puro vehículo de mistificación ideológica.

-
- Quien actúa en el seno de los Estudios culturales reconoce la existencia de una socialización de su propia identidad, que se produce a través de los procesos de los medios de comunicación de masas y de la comunicación que se intenta comprender.
 - La cultura no se considera de modo estático, como se haría con cualquier otra cosa de tipo fijo o con un sistema cerrado. Los Estudios culturales miran a la cultura como a algo que emerge, que es dinámico, que se renueva constantemente. La cultura no es una serie de artefactos o de símbolos congelados, sino un proceso.
 - Los Estudios culturales se afirman apoyándose más en el conflicto que en el orden. Investigan y anticipan el conflicto, tanto a nivel de la interacción cara a cara como, y de modo tras significativo, a nivel del sentido. La cultura no se puede considerar como un principio unificador, ni como una fuente de comprensión compartida, ni tampoco como un mecanismo para legitimar los vínculos sociales.
 - Los Estudios culturales son «democráticamente» imperialistas. Si bien todos los aspectos de la vida social están ahora «culturalizados», ninguna parte de la vida social va más allá de sus intereses -la ópera, la moda, la violencia de las bandas, las conversaciones de bar, las películas de honor y así sucesivamente [...] ya no están colonizados, canonizados ni delimitados alrededor de un sistema central de significación.
 - Los Estudios culturales consideran las representaciones culturales a todos los niveles -en comienzo, la mediación y la recepción o la producción, la distribución o el consumo.
 - Los Estudios culturales son interdisciplinarios y no reconocen ningún tipo de origen disciplinar.
 - Los Estudios culturales rechazan los valores absolutos -hacen lo que quieren (y a veces se nota!). Hoy día, por tanto, gracias a esta actividad de investigación, evidente aunque no carente de ambigüedad, que los Estudios culturales llevan a cabo en su mismo seno, utilizando los múltiples enfoques teóricos y metodológicos que se han señalado repetidamente, se comienza a aceptar la idea de que la cultura se define precisamente en las redes «periféricas» de la construcción de significados y de «placeres»: "una de las paradojas fundamentales de la vida social es que cuando nos sentimos más naturales, más «cotidianos», somos más «culturales»; cuando desempeñamos roles que parecen obvios y dados por descontado nos encontramos realizando roles contruidos, aprendidos y que están lejos de constituir algo inevitable.

desglosaremos, la segunda y la tercera línea respectivamente, esto es, aquella que intenta comprender *las representaciones y prácticas* en el ejercicio historiográfico, y aquella que plantea las formas conscientes o las determinaciones desconocidas que rigen la manera de construir las narraciones y los análisis históricos. Empecemos por la segunda.

Con las preguntas ¿Qué es una historia que se narra (*story*) y ¿Qué es proseguir²⁸ una historia? Ricoeur (2003: 251) intenta establecer, si se quiere, una especie de igualdad²⁹ epistemológica³⁰ de orden acontecimental desde la perspectiva filosófico-fenomenológica. Para lo cual, recurre a la vieja premisa alusiva a la materia metodológica de las ciencias humanas, esto es, a considerar su aspectualización pragmática³¹ (el ejercicio científico como actividad en tanto se operativizan los procesos cognoscitivos de la investigación científica). Ricoeur (2003: 254) aduce, hábilmente, que *Toda historia (history) es como la saga, fundamentalmente una narración de acontecimientos en los que el pensamiento y la acción humana desempeñan un papel predominante.*

²⁸ Par Ricoeur (2003: 252) Proseguir una historia es comprender las acciones, los pensamientos y los sentimientos sucesivos en cuanto presentan una dirección particular.

²⁹ Igualdad que se da por *la imputación prereflexiva del si mismo* que más adelante aclararé.

³⁰ Ricoeur (2003: 209) advierte acá que la cuestión del estatuto narrativo de la historiografía no ha sido un tema directo de la epistemología de las ciencias históricas.

³¹ Aspecto señalado por Topolsky (1973) y aclarado en inicios de este trabajo.

En este sentido, la postura Ricoeuriana circulará y gravitará entre la ontología acontecimental y la fenomenología narrativa. Es entonces el concepto de *trama*³² desde la óptica Aristotélica, además poética por cierto, la plataforma que le permitirá configurar la tesis narrativista de la historia.

Haciendo reflexiones filosóficas del lenguaje Aristotélico, Ricoeur retoma la noción de *mythos*³³ y *mímesis*³⁴ para indicar que la comprensión narrativa se superpone a cualquier modelo nomológico de la teoría histórica. De hecho, veamos como lo indica:

Abogué por la primacía de la comprensión narrativa, ya que en relación con la explicación (sociológica u otra) en historiografía, ya en relación con la explicación (estructuralista) u otra en la narración de ficción, abogaré por la primacía de la actividad creadora de tramas respecto de cualquier clase de estructuras estáticas, de paradigmas acrónicos, de invariantes temporales. (Ricoeur: 2003; 83).

El aquel bien llamado *eclipse de la narración* por este filósofo de la historia, aquel nexo entre la temporalidad y la acción creadora, hecha por tierra las categorías y conceptos más salvaguardados por la ciencia histórica. Conceptos como: objetividad, realidad, memoria, sentido, fuentes, entre otros, serían hollados por este eclipse fenomenológico que se sustentaría en *la imputación prereflexiva del si mismo*³⁵, del tiempo humano.

³² Por trama en el lenguaje Ricoeuriano debe entenderse lo que media entre el acontecimiento y el relato.

³³ Disposición de los hechos.

³⁴ Debe entenderse no como copia sino como representación en sentido dinámico.

³⁵ Según Bengué (2002: 109-119), Ricoeur observa que las condiciones de intelegibilidad de la iniciativa pertenecen a la categoría del hacer y no a las del ver. De ahí que el enfoque fenomenológico se vierta en él en cuatro líneas: *Yo puedo, yo hago, yo intervengo, yo mantengo*. Por tanto, la *imputación prereflexiva del yo* estriba en que el posible de la acción no sólo concierne a la realidad del mundo sino también al ser mismo del que proyecta su hacer, su integridad personal como sujeto de ella.

Comprensión narrativa y comprensión histórica pasarán, indefectiblemente, por el filtro fenomenológico, bien por el historiador, bien por el literato, pues ambos, de un modo u otro, son prefigurados³⁶, configurados³⁷ y refigurados. En su orden *mimesis I, II, III*.

Ya Barthes³⁸ (2011: 65), desde una semiótica textual, había previsto lo que Ricoeur ahora indicaba mediante una pregunta alusiva a la ciencia histórica *Esta narración ¿Difiere verdaderamente, por algún rasgo específico, tal como se la puede encontrar en la novela, la epopeya, y el drama?*

En sentido Ricoeuriano y Barthesiano, Hyden White (2003: 108) bombardea con un arsenal de preguntas³⁹ de órdenes estructuralistas, epistemológicas, fenomenológicos, funcionales, filosóficas, y alusivas a la metodología propia de las ciencias a la ciencia histórica para sentar a posteriori su tesis *¿Cuál es la estructura de una conciencia particularmente histórica? ¿Cuál es el estatus epistemológico de las ciencias históricas, comparadas con otro tipo de explicaciones que podrían ofrecerse para dar cuenta de los materiales con que los historiadores tratan generalmente? ¿Cuáles son las formas posibles de representación histórica y cuáles son sus bases? ¿Qué autoridad pueden*

³⁶ Bengué (Ibíd.: 165) aclara que este primer momento abarca todo el ámbito de la precomprensión de la experiencia vinculada a la vida cotidiana y que tiene cualidades pre-narrativas.

³⁷ Ricoeur (2003: 134-135) explica que esta dimensión, contraria a la episódica, se presenta en tres formas: una primera, alusiva a la disposición configurante que transforma la sucesión de los acontecimientos en una totalidad signifiante; una segunda, llamada configuración de la trama, pues impone a la sucesión indefinida de los incidentes sentido del punto final y, por último, la reconsideración de la trama narrada regida como totalidad.

³⁸ Advirtamos aquí, que Barthes, mucho antes que Ricoeur y desde otra disciplina, había dividido el discurso narrativo en tres estructuras: La enunciación, el enunciado y la significación. No obstante, considero no hacer ninguna digresión hacia otra disciplina que en cuanto a su rigidez estructural no aportaría mucho para los objetivos de este trabajo.

³⁹ Advértase aquí que, a pesar de que estas preguntas serán clave para construir su edificación historiográfica, las mismas, atisbo yo, serán su guillotina, pues si se observan con atención constituyen formas de nihilismo gnoseológico propias de campos estéticos y de otro orden que no posibilitarían ningún tipo de discusión científicista.

demandar los relatos históricos como contribuciones a un conocimiento cierto de la realidad en general y de las ciencias en particular?

En todo caso, White (2003: 43), convencido⁴⁰ de su planteamiento, ahonda en primera instancia en los conceptos de verdad y objetividad histórica, aduciendo que bajo su punto de vista la historiografía *más provechosa* sería aquella que toma *seriamente* el aspecto literario. Esta trama teórica, certera y avasalladora, se dejará entrever cuando White entiende que la historiografía *debe construir, entendiendo por ello imaginar y conceptualizar, sus objetos de interés antes de poder aplicarles los tipos de procedimientos que desea usar para explicarlos y comprenderlos* (White: 2003:44).

A partir de aquí, de ver la historiografía como una pseudoliteratura, por su carácter *poético-retórico*, White propone un acercamiento, al igual que Ricoeur y Barthes, preconfigurativo, configurativo y reconfigurador del oficio que necesariamente deberá asumir la forma *narrativizada*⁴¹. Una forma connatural más cercana a la literatura que al procedimiento de las ciencias, incluso a las ciencias del espíritu. ¿Podríamos presuponer y entender, por todo esto, que la asunción intelectual de esta perspectiva, de ninguna manera consciente, constituiría el principio del fin de la historia como ciencia? ¿Cuáles serían los peligros gnoseológicos de caminar por este precipicio?

Sin embargo, un problema subyacente a la asimilación de este *polo* es, justamente, la naturaleza de la narrativización. Tanto el discurso⁴² histórico y el

⁴⁰ En la introducción a este texto, Verónica Tozzi con toda seriedad, y si se quiere objetividad, no deja de hacerle a White críticas puntuales acerca de los problemas que encarnan este tipo de visión historiográfica.

⁴¹ White entiende esta forma como la asunción de los hechos acontecimentales más tropológica que lógica.

⁴² La noción de discurso, en este trabajo, debe ser entendida como práctica y, como tal, se refiere a *una práctica que tiene sus formas propias de encadenamiento y sucesión* (Foucault: 1972: 284). En este sentido, al hablar de *práctica*, se entiende el discurso desde una visión colectiva, pues su carácter es social, como sociales sus formas de constitución (Nieto: 2006: 49)

discurso literario, señala White (1992: 43), no añaden *nada al contenido de la representación (...) y en la medida en que esta representación se parezca a los acontecimientos que representa, puede considerarse una narración verdadera (...) una descripción fidedigna*.

¿Qué entiende White por *narración verdadera*? ¿En qué espacios epistémicos operaría? ¿De qué manera él da el salto narrativo y epistemológico o intercambio conceptual entre la antinomia *narración verdadera* y *descripción fidedigna* pues ambos conceptos atienden a dimensiones gnoseológicas disimiles? ¿No aplica también esta última pregunta a los *polos* historiográficos que elaboran ecuaciones entre campos divergentes por naturaleza epistemológica amen de su igualdad en tanto materia (escritura) y, por tanto, fenomenológica?

El otro camino que habíamos avizorado bajo la óptica de los estudios culturales era, precisamente, el de *las representaciones y las prácticas* inherentes, de por sí, a los dos ámbitos: a la historia y a la literatura. Pero ¿Qué tipo de *representaciones* realiza cada discurso? ¿Obedecen a la misma naturaleza? ¿De que modo operan? ¿Acaso de la misma manera?

Sin temor a equivocarnos, dígase que la representación histórica y la literaria son actos similares en tanto *práctica*, esto es, en tanto narratividad. De hecho, podríamos afirmar tajantemente que no existe *práctica* ni estructura que no sea producida por las *representaciones*.

Acéptese o no, el discurso⁴³ histórico y el discurso literario son narraciones que pasan por el filtro del acto configurador, del ser humano. De ahí que, el discurso histórico adopte desde la sociología el concepto mismo de imaginario social⁴⁴, pues,

⁴³ Siendo que asumimos el concepto Foucaultiano de *práctica*, en este sentido, el concepto de discurso debe verse, también, desde una visión colectiva pues su carácter es social, como sociales sus formas de constitución. De ahí que la noción discursiva se encuentre estrechamente ligada al concepto de *imaginario social*.

⁴⁴ Esto es, un sistema de *representaciones* - de orden ideológico - mediante las cuales las sociedades se explican y comprenden

paradójicamente, un discurso que busca como prioridad la objetividad está cargado indefectiblemente de ideología. Nieto (2006: 58) al respecto escribe:

En los planteamientos adelantados acerca de la voz del discurso, hay presencia de contenidos acerca del orden social, de la práctica y de la producción. Se trata de contenidos que no sólo acompañan, si no que caracterizan dicha acepción, entendiéndola fundamentalmente como una práctica social que lleva implícita una relación dialéctica de la que participan el discurso como tal y la estructura social que lo configura (...) se trata de las situaciones y de las estructuras institucionales que dan forma al acontecimiento discursivo, pero también, y evocando líneas anteriores, dicho acontecimiento les da forma a éstas.

El discurso, entendido como *práctica*, configurará el tejido mismo de las relaciones socioculturales en un momento histórico determinado y con unas características de esta envergadura eminentemente particulares.

Historia y literatura comparten notablemente estas características, amén de que su tratamiento de la realidad sea disímil. Disímil pues mientras el propósito historiográfico atiende a la presentación narrativa más cercana a la verdad del hecho histórico a partir del tratamiento de fuentes y de la conversación circular con la tradición que legitima su oficio mismo de historiar; la intencionalidad del universo literario, por su parte, será la *representación* de esa realidad en otros términos, bajo su estatuto de juego⁴⁵, de obra como tal, no buscando ya crear la imagen fiel del plano real, sino su efecto de verosimilitud. Dicho de otra manera, *representación*⁴⁶ histórica y *representación* literaria

⁴⁵ El concepto de juego se ha introducido precisamente para mostrar que, en un juego, todos son cojugadores. Y lo mismo debe valer para el juego del arte, a saber, que no hay ninguna separación de principio entre la propia confirmación de la obra de arte y el que la experimenta. (Gadamer: 1991; 77).

⁴⁶ Siendo que ambos discursos pasan por el filtro mismo de la escritura, del acto narrativo, del signo lingüístico mismo, justamente, ambos discursos están abocados por efectos de *representaciones*, disímiles por su naturaleza estatutaria, pero reconciliables por la

son precisamente acercamientos diferentes de estos discursos a una misma realidad. Mientras la primera está inmersa en un mundo real verificado en la sintonía con la tradición, y por ende, susceptible de revisionismo heurístico, la segunda, por otro lado, estará sometida a un ejercicio intelectual, pues remitirá continuamente a la primera, mediante el efecto de evocación. Mientras la histórica se construirá sobre la base de la verdad como realidad fenomenológica representada a partir del producto de la documentación y del imaginario social⁴⁷; la literaria se realizará sobre la base misma del documento histórico pero desde un enfoque prefigurativo, configurativo, reconfigurativo, es decir, ficcional.

Ahora bien, ¿Mediante qué mecanismo(s) se representan esas realidades histórico-imaginarias? Precisamente, mediante el artefacto narrativo se aprehenden ese tipo de realidades. Dos realidades diferentes desde ángulos *representativos* adyacentes; una desde la óptica de lo posible (la literaria) evocando de alguna manera la otra realidad. La otra, la histórica, en cambio, desde la constitución del acontecimiento ontológico a partir de un ensamble fenomenológico, hecho también de materia lingüística (la narración).

Al respecto Gadamer (1977: 153) señala *las obras literarias sólo pintan la realidad agrandándola con todas las significaciones que ellas mismas deben a sus virtudes de*

escrituraria (Aquí hago referencia a Michel de Certeau). Siguiendo a Nieto (2006: 31) en la misma idea, *la representación permite ver los diversos rostros contruidos por un imaginario. Nieto*, unas páginas más adelante (79-80), afirma: *Lo que si debe quedar claro, es que así como los historiadores a partir de objetos y métodos propios construyen representaciones que muestran acciones humanas correspondientes a una época y a un espacio determinados, reflejo de una tradición; de igual manera, la literatura basada en el hecho histórico, también se ocupa, tiene por objeto la representación de acciones humanas, sociales, contextualizadas en tiempos y espacios concretos.* Por su parte, De Certeau (1985: 34) es claro al afirmar que *la función de los discursos la determina el mundo al que pertenecen, el mismo que representan a través por ejemplo, de una mentalidad determinada* sea histórica, sea literaria, de ahí que se haga mención en este trabajo del concepto de *representación* en dimensiones histórica, y literaria.

⁴⁷ Es importante entrever que esta categoría de *imaginario*, aunque no deja de ser problemática, en este trabajo adquirirá importancia vital pues, de una u otra forma, los discursos que se compararán en la metodología, por la naturaleza de sus fuentes, poseen una carga ideológica importante.

abreviación, de saturación y de culminación, asombrosamente ilustradas por la construcción de la trama.

Pero ese pintar, ese *representar*, que bien podría entenderse como un efecto de identidad del discurso literario en relación de semejanza con el discurso histórico, se asimila de mejor forma con los conceptos de referente y referido que Jitrik (1995: 53-54) propone: *El referente es aquello que se toma de un discurso establecido o desde donde se parte (...) es una imagen autónoma. El referido es lo que ha sido construido con el material retomado o desde donde se partió, mediante ciertos procedimientos propios de la narración.*

El referido, entendiéndolo ahora como *representación* narrativa de la *representación* histórica (efecto de identidad), constituye la marca y el anclaje del discurso que hace evocar. Es, de alguna manera, un signo que, como diría Foucault (1970: 65), debe encontrar su lugar en el interior del conocimiento. Un signo reconocido que en su carácter semántico-simbólico produce un efecto cognoscente, un motivo⁴⁸ literario.

Y ese signo, esa representación lingüística, artística, ese referido, tiene nombre: la intertextualidad. Una intertextualidad⁴⁹ que como artefacto histórico sometido a la naturaleza misma del discurso literario señala a otras fuentes ajenas al mundo mismo de la ficción y una vez engranada y sometida a la obra en todo su esplendor estético sufre

⁴⁸ Según Elizabeth Frenzel (1980: IX) Toda creación literaria de un motivo refleja la posición dialéctica de la obra de arte entre supratemporalidad y temporalidad a las que tiene que prestar atención el crítico. El motivo literario de ninguna manera es el tema, es, de alguna manera, la inserción de la intertextualidad presente en el discurso literario. De ahí que Frenzel (Ibíd.: X) exprese *allí donde un autor no declara su dependencia mediante citas o referencia a otro, es el detalle que no pertenece forzosamente a la configuración del motivo que delata el origen del motivo.*

⁴⁹ Para Martínez Fernández (2001: 11) *en su mayor amplitud, la intertextualidad⁴⁹ se contempla como una propiedad o cualidad de todo texto, concebido como un tejido de textos; el texto remitirá siempre a otros textos, en una realización asumidora, transformadora o transgresora. Fuera de la intertextualidad, la obra literaria sería llana y simplemente imperceptible, de la misma manera que la palabra de una lengua aun desconocida*

un cambio que trastornará el carácter semántico que lo hacía particular en el otro estatuto discursivo, esto es, en el discurso histórico.

El intertexto⁵⁰, entonces, bajo la naturaleza misma de ser un referido - sin existencia autónoma pues es un préstamo del discurso histórico - abogará por crear efectos de realidad de orden histórico que susciten actualizaciones e ilusiones de presencia sin desconocer la carga semántica del discurso histórico, pero reconociendo que, una vez instalado como artefacto literario, su epicentro será la ficcionalización de la historia. Iser (1989: 189) así lo indica *La ficción⁵¹ literaria revela lo que sucede en realidad y desde tal operación reconstruye los hechos históricos, sociales y culturales (....) anticipa contenidos de las mentalidades que aparecen en la conciencia social tan desarticulados que llegan a ser inadvertidos incluso para sus portadores.*

Así, en el sentido que Iser contempla, la literatura basada en el hecho histórico en la dimensión de referido tiene por objeto *la representación* de acciones humanas, sociales, contextualizadas en tiempos y espacios específicos, y aquel género literario que más encaja en esta ecuación, sin duda alguna, lo constituye la novela histórica⁵².

Si existe algún género literario que se acerque con vehemencia y fuerza a la fenomenología acontecimental, afirman los historiógrafos narrativistas y algunos teóricos de la literatura y la historia, lo constituye la novela histórica. En ella, el

⁵⁰ Es mediante el intertexto, explícito (en cita o alusión) o implícito, como se evocan otras fuentes, otros motivos de la literatura universal; como conversamos con imágenes; como el narrador presenta a sus lectores formas de acercamiento al campo literario; como el lector en su recepción literaria debe activar sus competencias lingüísticas, culturales, semánticas, estableciendo asociaciones que, de no hacerlo, generarían una comprensión muy limitada del texto, en nuestro caso literario.

⁵¹ Para Iser (1997: 45) las ficciones no son el lado irreal de la realidad ni, desde luego, algo opuesto a la realidad, como todavía lo considera nuestro conocimiento tácito; son más bien condiciones que hacen posible la producción de mundos, de cuya realidad, a su vez, no puede dudarse.

⁵² Aclaremos aquí que, este trabajo no abordará, de ninguna manera, las distintas vertientes o formas híbridas de la novela histórica, verbi gracia, la nueva novela histórica que de por sí dista ostensiblemente de realidad.

novelista, según Jitrik (1995: 12), recurrirá a tres instancias que permitirán dilucidar que su oficio, al menos, es semejante, sino igual afirman ellos, al oficio de historiar:

- I. Los hechos realmente cumplidos en algún momento y en alguna parte.
- II. El ordenamiento de tales hechos.
- III. La verdad que ilumina lo precedente e, incluso, algo más: el sentido que tiene la relación entre las dos instancias anteriores.

Con base en esta tripartición fenomenológica, Jitrik tratará de darle el estatus de cientificidad a un discurso que si bien representa acontecimientos socio-históricos semejantes al oficio histórico en tanto metodología y materia, también es cierto que su naturaleza estatutaria es disímil. De hecho, ella opera mediante el uso exacerbado de intertextos que indefectiblemente decantan ejercicios ficcionales. Sin embargo, esas prácticas ficcionales para crear el efecto verosimilitud, necesariamente, deberán ser atenuadas de una u otra forma y su operatividad se hará manifiesta, según Jitrik, al definirla como *un tipo no material de invención, un modo o manera de la invención (...) un aspecto práctico de una cualidad de la inteligencia, la imaginación.*

Sin embargo, un elemento más habrá que añadir aquí alusivo a la naturaleza similar de la novela⁵³ con el discurso histórico, el concepto de *imaginario social*⁵⁴. Un

⁵³ Siendo que hablamos de *novela histórica a secas*, no de otras vertientes, por ejemplo, la nueva novela histórica, es menester hacer cuatro salvedades que señala Giuffré (2004: 19-20): Una, *la novela histórica forma parte de un género mayor que es la novela, el cual a su vez forma parte de la narrativa; por ende, ha desarrollado las mismas problemáticas formales y conceptuales que las estructuras mayores que la contienen y ha adoptado los mismos cambios que una novela a secas.* Dos, *ambos fenómenos cuentan con un mismo referente primario que es la realidad acontecida: el pasado.* Tres, *dicha realidad no puede ser recuperada de otra manera que mediante huellas, pistas y testimonios (...) el pasado empírico es inaprensible excepto mediante signos, esto es, mediante palabras.* Cuatro y último, *la tarea de ubicar, recopilar, seleccionar e interpretar tales huellas, pistas y testimonios recae tanto en el historiador como en el novelista, aunque la intención última de cada uno de ellos sea diversa.*

*imaginario*⁵⁵ porque las mismas condiciones de la novela así lo piden, al recrear, reconfigurar no sólo temporalidades y espacializaciones sino también mentalidades⁵⁶. En dicha configuración, *el novelista al seleccionar los aspectos de “toda la vida” que habrá de meter en una novela, está imponiendo una suerte de orden en la revuelta experiencia, aun en el caso en que declare que es su intención retratar el caos mismo de la experiencia. El orden nos sugiere comprensión* (Berguer: 1979; 14).

Algunas veces mediante la investigación exhaustiva de fuentes (con el matiz propio del engranaje novelesco, esto es ficcional), otras veces a partir de hipótesis o conjeturas⁵⁷, la novela histórica se acercará a zonas oscuras de *la representación* histórica (mira hacia la historiografía) para completar, a la luz de la noción de *imaginario* literario⁵⁸ y del pacto tácito de verosimilitud con sus lectores, la historia desde el giro literario.

⁵⁴ Aquí es pertinente advertir que *el imaginario social* de una novela histórica, amén de que evoque por alusiones o citas intertextuales al *imaginario social* del discurso histórico, difiere notablemente del otro discurso. Ambos adquieren matices distintos pues como se verá más adelante en la metodología, *el imaginario social* novelesco varía notablemente respecto de aquel fundado en la tradición y el sustento documental. Conviene entonces definir un poco *el imaginario social* desde la óptica de Jitrik (1995: 16) *un sistema entrecruzado de textos y de experiencias, aun amasijo, una gran reunión organizada que se manifiesta mediante exigencias, pedidos, autorizaciones.*

⁵⁵ Guiufré (2004: 24) lo entiende como aquel conglomerado de pseudomitos (relatos o figuras que buscan legitimar tal o cual episodio, idea, ideología) que cada pueblo genera o se autoimpone con referencia a su origen y su devenir en el tiempo. *El imaginario*, según la autora, responde no sólo a la idiosincrasia de un pueblo sino también a determinados proyectos políticos, instaurados desde el poder, que sostienen la estructura de la memoria, y es popular en tanto pertenece a todos los individuos por adquisición.

⁵⁶ Este concepto no debe ser visto aquí en el sentido de las historias de las mentalidades sino como lo entienden los estudios culturales que antes habíamos definido.

⁵⁷ Lo que el historiador y el novelista colombiano Don Pedro Gómez Valderrama llama historia posible.

⁵⁸ Vale la pena hacer una distinción en este trabajo de esta noción con el concepto de *imaginario literario*, entendido en el sentido que aclara Jitrik y que hace unos momentos mencionamos.

En este sentido, Berguer, Rama, Jitrik, Guiuffré, Nieto, entre otros, desde la visión literaria y narrativista de la historia, plantean la posibilidad de entrecruzamientos bastante serios y fuertes entre la historia y la novela. Dos formas de ver un mismo acontecimiento desde la óptica fenomenológica, amén de sus naturalezas.

Bajo el corolario: literatura y ficción se entrecruzan, Nieto (2004), Guiuffré (2004) y Jitrik (1995) sustentarán las conexiones ficción-realidad en ambos discursos, aduciendo que verdad⁵⁹ histórica y verdad literaria pasan por el filtro del *imaginario*⁶⁰, bien del novelista, bien del historiador, pues ambas interpretaciones del acontecimiento son de orden discursivo-fenomenológico y no de orden ontológico. Ambas perspectivas producen un efecto de realidad (aquí acuden a Barthes), un efecto de verdad (aquí acuden a Todorov⁶¹), un efecto sentido que se denomina verdad.

Si partimos del presupuesto de que no hay historia sin discurso y de que todo discurso es una *práctica*, se podría pensar que por más cercano que esté el referente a la realidad ontológica (la fuente histórica), bien sea en la construcción representativa histórica, bien en la literaria, ninguna de las dos *prácticas* es garante de transparencia histórica pues no hay discursos eminentemente neutros⁶².

⁵⁹ Según Rama (1975: 20) cada discurso atiende a un tipo de verdad distinta, realidad que, sin duda alguna, hace referencia a la naturaleza de ambos estatutos. De ahí que distinga entre *la verdad poética y la verdad histórica*.

⁶⁰ No advirtiendo la naturaleza disímil entre *los imaginarios* sociales y los literarios.

⁶¹ Todorov (1993: 120) encuentra una primera interpretación de la relación ficción-verdad, entendido en términos de realidad, no del alcance de la verdad como tal *al menos deben distinguirse dos significados de la palabra: verdad-adequación y verdad-revelación: la primera, es inherente al ejercicio del historiador, pues ordena o adecúa la realidad acontecida; y la segunda, haría parte del campo literario*. aquí quisiera decir que sendos campos tienen un estatuto distinto, pues el primero es constativo, asertivo, verificacionista, no conoce la negación como lo reconoce Barthes (1967: 171); en tanto que el discurso literario es todo lo contrario. Por tanto, ambos tienen una concepción diversa de la semántica del acontecimiento.

⁶² Bajtín (1991: 89) en su *teoría y estética de la novela* aclara que no existen discursos ideológicamente neutros, es decir, *No consideramos el lenguaje como un sistema de categorías gramaticales abstractas, sino como un lenguaje saturado ideológicamente*.

Con base en estos razonamientos, la novela histórica buscará, en la medida de sus mecanismos, poner en escena otras posibilidades de lo real ya no sustentadas en un ejercicio heurístico bajo el contrato implícito que exige su propia naturaleza literaria. Ella ilustrará otra forma de realidad, una realidad oblicua que el lector pueda asociar a su mundo ontológico-fenomenológico. Así, los novelistas *Queriendo que se les tome en serio (...) han tratado de retratar la vida con exactitud, de crear un mundo que el lector pueda reconocer con la misma facilidad con que reconoce aquel en el que vive, aun cuando se le dramatice para despertar y mantener su interés en personajes y sucesos que vean mas allá de su experiencia* (Berguer: 1979; 15).

De una u otra forma, la novela histórica buscará arrojar luz no sólo acerca de la realidad acontecimental por refracción de la realidad histórica⁶³ sino, también, sobre las instituciones sociales de la época en la que se inscribe. Mediante retratos surgidos de la heurística a la que también acude el novelista o mediante intersticios ficcionales, la novela histórica configurará y reconfigurará bajo multiplicidad de horizontes literarios diversos mudos que no podrían ser representados por el discurso histórico.

Ahora bien, antes se había expresado que autores como Jitrik, Guiufré y Nieto argumentaban los entrecruzamientos inevitables entre el discurso histórico y el literario; sin embargo, se ha de anotar que, si bien estos autores comparte el paradigma con Berguer, este último sí es claro en afirmar que si bien existen esos intersticios, también es cierto que son *menos conocidas las maneras específicas en que estos dos enfoques se entrecruzan y divergen* (1979: 19). Entonces ¿Cómo hallar esos puntos de juntura, entre la literatura, según Berguer, y la ciencia social?

Esta tarea que propone Berguer, esto es, aquella que intenta encontrar las intersecciones entre dos visiones semejantes en materia pero disimiles en naturaleza, será una empresa compleja de edificar pues las ciencias inductivas y las ciencias históricas, amen de sus diferencias que ya soslayamos anteriormente, en algo si coinciden: en la inmortalidad de la continuidad sustentada en una referencia a otro, en

⁶³ Es decir, una realidad fenomenológica sustentada en la tradición y hecha carne en los documentos.

una puesta en escena que hace del discurso histórico algo innovador sobre las huellas antiguas de la humanidad. Por eso, considerando dicha problemática, Berguer, al final de su texto, decide reconocer las distancias⁶⁴ entre ambos discursos, pero utiliza, al servicio de su tesis, una pequeña desviación vertida en sus similitudes: *la novela y las ciencias sociales son tan evidentemente diferentes en sus metas y en sus métodos que resulta útil reflexionar sobre algunas de sus semejanzas* (Berguer: 1979; 372). Semejanzas que se visualizarán desde diversas formas⁶⁵ y que, en última instancia, en la novela histórica serán objeto de desviaciones, abismales o no, de la realidad acontecimental y, en consecuencia, de la realidad histórica.

Ahora bien, dentro de este razonamiento Hegeliano⁶⁶ tesis-antítesis es preciso que nos preguntemos: ¿Cuál es la síntesis? ¿De qué manera(s) se podría desarrollar la tarea de historiar bajo la balanza del equilibrio objetividad/subjetividad? ¿Qué papel juega la tradición y la conciencia histórica en esta diferenciación? ¿Qué tipo de enfoque, de mayor eficacia y efectividad a su propia naturaleza epistemológica, debe asumir la ciencia histórica evitando los avatares e incursiones de otros discursos ajenos directamente a su *práctica*?

⁶⁴ Berguer (1979: 408), al final de su texto, reconoce las distancias entre los campos histórico-literarios expresando: *la capacidad extraordinaria de la novela –su inclusión de grandes pormenores y amplias miras morales– hace que resulte instructiva, aún contrastada con las ciencias sociales.*

⁶⁵ Rama (1975: 26-28) plantea tres: La primera en el análisis de los archivos y los hechos materiales de la literatura de la época, en la utilización de los personajes históricos (contemplación estética) en tanto transformación (*crear un ser nuevo*), y en la reconstrucción de los hechos según la postura del novelista.

⁶⁶ Según Larroyo (1973: XXXIX) Hegel plantea la dialéctica como el método encaminado a superar las oposiciones de dos términos, tesis-antítesis, en uno nuevo, síntesis. Para Hegel, la evolución del pensamiento y, en consecuencia, de la realidad fenomenológica se lleva a cabo a través de una afirmación (tesis), una negación (antítesis), y una conciliación de los contrarios (síntesis) en la que se supera la parcialidad de aquellos, pero conservado su significado positivo.

Para resolver, de alguna manera, estos interrogantes, traigamos a colación el problema fenomenológico del binomio objetividad/subjetividad. Para ello, retomemos unas premisas fundamentales de Ricoeur⁶⁷ (1990: 23-41) en esta materia:

- I. Esperamos de la historia una cierta objetividad (la objetividad debe tomarse aquí en su sentido epistemológico más estricto: es objetivo lo que el pensamiento metódico ha elaborado, ordenado, comprendido y lo que de este modo puede hacer comprende).
- II. Esperamos del *historiador* cierta calidad de *subjetividad*, no ya una subjetividad cualquiera sino, una subjetividad que sea precisamente adecuada a la objetividad que conviene a la historia.
- III. Bajo el título de subjetividad, esperamos algo más grande que la buena subjetividad del historiador; esperamos que la historia sea una historia de hombres, y que sea una historia de hombres que ayude al lector, instruido por la historia de los historiadores, a edificar una subjetividad de alto rango, la subjetividad no solamente de mi mismo, sino del hombre (este interés ya no es exactamente epistemológico sino filosófico).

Estos tres corolarios Ricoeurianos (1990: 27-34) van direccionados, justamente, al acto configurador del historiador, caracterizado por cuatro variables: La primera, alusiva a la noción de elección histórica; la segunda, a la concepción *vulgar* de la causalidad histórica; la tercera, al fenómeno de distancia histórica; y la última a la explicación histórica que para Ricoeur *quiere explicar y comprender los hombres*⁶⁸.

⁶⁷ Es importante entrever que aunque Ricoeur utiliza estas premisas para sustentar su plataforma narrativista de la historia, las mismas son de gran aporte para la síntesis histórica-hermenéutica que propone Gadamer.

⁶⁸ Aclaremos aquí también que Ricoeur pone este énfasis en antagonismo con las corrientes historiográficas occidentales, las cuales después de Braudel ponen el acento en el acontecimiento.

Bien, con todo y lo anterior, es ineludible que se asuma en la síntesis que a continuación se desplegará, un modelo histórico-filosófico. Para lo cual, digamos, de antemano que aquí se considerarán como propuestas gruesas: la filosofía de la historia Gadameriana (1975), esto es, la hermenéutica de la conciencia histórica⁶⁹, y el modelo histórico asertivo⁷⁰ que plantea Aróstegui⁷¹ (2001). Dos paradigmas que reclaman del acto historiográfico la comprensión⁷². Comprensión de su naturaleza (autocomprensión) y comprensión del acontecimiento desde su conciencia histórica que repercute en la realidad histórica, manifiesta en las formas de producción del conocimiento histórico.

⁶⁹ Gadamer (1993: 22-23) nos hace una anticipación del problema de la conciencia histórica bajo dos directrices: aquellas en las que se plantea el esclarecimiento de la cuestión de la verdad desde la experiencia del arte, y la expansión de la cuestión de la verdad a la comprensión en las ciencias del espíritu. Estas dos directrices implican la asunción de tres significaciones: el particular quehacer de las ciencias del espíritu, la reivindicación de los aspectos ontológicos existenciales que pueden permitir plantear rigurosamente el problema de la verdad y, finalmente, el esclarecimiento de la práctica de la historicidad humana, esto es, el problema de la aplicación y la constitución de la racionalidad humana como valorativa (problema central de la hermenéutica clásica). Con base en las premisas anteriores, por tanto, el problema de la conciencia histórica no implica tanto el problema de la verdad en el devenir histórico –aunque si lo resuelve–, ni únicamente el problema de la unidad de referencias en las múltiples disciplinas que abordan la realidad humana, se trata de responder a la pregunta *cómo y en virtud de qué se conforma la voluntad humana en una voluntad memorante, es decir, en una voluntad de responsabilidad histórica*.

⁷⁰ Aróstegui (2001: 411) define este modelo como *um discurso pró-ativo, assertivo ou argumentativo, é o que diz algo sobre alguma coisa, e em que a relação entre as partes segue explicitamente uma lógica que tem a ver com mostrar os conceitos coligativos (...) qualquer declaração sobre a realidade deve basear-se noutras exposto anteriormente para permitir a passagem de uma nova aliança que inclui todos anterior*.

⁷¹ Los aportes de este teórico los señalaré de manera paralela a la Gadameriana pero, en su mayoría por sobre todo, en notas al pie de página.

⁷² Siendo que el problema nexo, por decirlo de algún modo, o gravitacional entre la tesis positivista y narrativista de la historia es la aspectualización fenomenológica preconfiguradora, configuradora y reconfiguradora de la realidad ontológica (históricas o literarias), entonces la aproximación al concepto de comprensión será inminente. De hecho, la pregunta que orienta a Gadamer (1975: 12) será: *¿Cómo es posible la comprensión?* En este sentido, el mismo Gadamer orienta su cuestionamiento: *es una pregunta que en realidad precede a todo comportamiento comprensivo de la subjetividad, incluso al metodológico de las ciencias comprensivas, a sus normas y a sus reglas*.

A partir entonces de dos preguntas nodales, *¿Dónde está en realidad el límite entre el mundo propio y mundo posterior? ¿Cómo pasa lo originario de la significatividad vital a la experiencia reflexiva de la significatividad para la información?*, Gadamer (1975: 13) argumentará que la comprensión histórica, no es ni puede ser un comportamiento subjetivo respecto a un objeto dado, en nuestro caso, a un acontecimiento dado (como lo plantean los historiadores narrativistas)⁷³, pertenece a lo que él denomina *historia efectual*⁷⁴. Por tanto, podemos dilucidar que es en esta tesis Gadameriana donde toman forma las respuestas que Ricoeur en la década de los noventa se hacía respecto a las noción de objetividad que reclamaba de la historia (preguntas a las que ya se hizo referencia y a las que a continuación entroncaremos).

¿Cuáles son los matices de esta historia efectual? ¿Cómo opera? ¿De qué forma esta propuesta contribuye a que los alcances del conocimiento histórico sean acordes a su naturaleza misma, y no a otras naturalezas, verbi gracia, la narrativista? En este sentido, ¿Cuál es la función hermenéutica de la historia?

Partiendo de que el foco problemático de la tesis y síntesis de este recorrido estriba en los actos preconfigurativos, configurativos y reconfigurativos del oficio histórico, en tanto enfoques historiográficos, a saber, positivista y narrativista, entonces esta

⁷³ Tampoco positivista, en la medida en que la objetividad fría y sin sesgo es de orden irreal.

⁷⁴ Si se observa con detenimiento, esta *historia efectual* es, justamente, la categoría que, además de conectar a Gadamer con Aróstegui, hace que el discurso histórico alcance el nivel de cientificidad que reclama y, por ende, se distancie absolutamente y tajantemente de la postura narrativista, pues es un fenómeno que *sólo parece satisfacerse en la infinitud del saber de la mediación pensante de la totalidad de la tradición con el presente. Esta se presenta como basada en el ideal de una tradición total, de la ruptura definitiva de los límites de nuestro horizonte histórico, de la superación de la finitud propia en la infinitud del saber, en una palabra, en la omnipresencia del espíritu que se sabe históricamente* (Gadamer 1975: 416).

propuesta, vista como síntesis, estará enmarcada en el ámbito de una hermenéutica⁷⁵ fenomenológica que reconoce como epicentro: la tradición⁷⁶.

Subjetividad y objetividad histórica quedan entonces en equilibrio cuando el historiador se ceñirá a lo que el documento de un uno, que vio en otro, y éste a su vez en otro, plasmó de la realidad ontológica bajo una fenomenología de principios éticos y profesionales del oficio mismo.

Por eso, bajo este mismo principio, bajo la conciencia hermenéutica-histórica de la tradición, volvemos a Bloch⁷⁷ y a Ranke⁷⁸. A Bloch, pues como dice Le Goff, en el prefacio del texto *Apología para la historia o el oficio de historiador* (1996: 12), él *coloca así al historiador entre los artesanos que deben dar prueba de conciencia profesional pero —y tal vez una marca de su genio, al pensar de inmediato en la perdurabilidad histórica*⁷⁹, en su memoria⁸⁰.

⁷⁵ Al respecto digamos con Gadamer (1975: 13) que la *universalidad del aspecto hermenéutico* no se deja restringir o recortar arbitrariamente en otros contextos. De ahí que concluyamos que a la ciencia histórica le venga muy bien sus planteamientos.

⁷⁶ Una tradición que en el ejercicio historiográfico indica una puesta en escena no sólo de la conciencia histórica por parte del historiador, sino también de una conciencia hermenéutica que *sólo puede darse bajo determinadas condiciones históricas* (Ibíd. 426). La tradición, vertida en estas dos conciencias, será el eslabón que distancie y limite las fronteras entre el discurso histórico y el discurso literario, pues mientras el primero aboga por *seguir transmitiendo lo transmitido* (Ibíd.: 16), el segundo, valiéndose sólo de un ejercicio intelectual —Valery— la bifurcará cuantas veces sea necesario, cuantas veces la ficcionalización lo requiera. Así, mientras la ciencia histórica dará cuenta de la realidad acontecimental de un mundo material, aunque constituido por otros, bajo el plano de las referencias perpetuas, circulares y retrospectivas que confirman dicha realidad; la novela histórica presentará espejismos de ese mundo histórico, mediante la proliferación de intertextos y distorsionará, también mediante efectos de verosimilitud (el pacto implícito literario con el lector), el mundo referencial que la ciencia histórica ha construido.

⁷⁷ Es necesario advertir aquí que Bloch ve la historia como una ciencia más cercana a la poética que al positivismo; sin embargo, al entrever el libro, se acerca más al cientificismo del oficio que su ficcionalismo. De hecho, Le Goff señala que en Bloch, la historia es *una ciencia humana* (Ibíd. 15).

⁷⁸ A Ranke, pues, las variables de fuerza y libertad que tiene el estatuto historiográfico están *limitadas y restringidas* (Gadamer: 1975; 263) por *el poder de lo sobrevenido*.

⁷⁹ Lo cual constituye, sin duda alguna, la legitimidad de la historia.

La memoria⁸¹, como conciencia histórico-hermenéutica-ética, consistirá en construir representaciones del pasado, pero no al antojo configurador del historiador pues su interpretación histórica deberá corroborarse en un *marco general de integración de los acontecimientos pasados* capaz de dar fundamento a una significación compartida.

Bien sea mediante la memoria oficial, bien sea mediante⁸² memorias vivas⁸³, el conocimiento histórico sólo es y será aceptable a partir de la construcción y reconstrucción de lo ya construido y reconstruido. Este podría ser el corolario fundamental del estatuto científico de la historia, pues, justamente, hace mención a su nombre.

Historia y hermenéutica, entonces, compartirán el vínculo eterno y binómico memoria-actualización bajo el estatuto implícito de la ética. Toda comprensión histórica es parte de un *cosmos hermenéutico* proyectado en la fuente que remite,

⁸⁰ Esta marca del discurso histórico también supera los estándares epistemológicos de los que una novela histórica a secas podría alcanzar, amén de los matices sociohistóricos que pueda soslayar.

⁸¹ Señalemos aquí que toda memoria es un efecto de identidad, por tanto, toda *representación* histórica debe hacerse con base en la concatenación de memorias. En este sentido, la memoria es el marco de legitimación del historiador pues, en un primer momento, evapora sus subjetividades y, en un segundo estadio, las objetiviza.

⁸² Entre muchas premisas que se señalan de la importancia de la memoria en lo atinente al ejercicio historiográfico, De Gaucelaj (2002:32) indica dos que son de especial importancia para el ejercicio argumentativo que llevamos: *la memoria funda las identidades individuales y colectivas, y la memoria ocupa un sitio predominante en las tensiones entre lo histórico y lo narrativo*.

⁸³ Aquellas fuentes de diverso orden, escritas, orales, pictóricas, monumentales... que emergen de *los trazos y polos* de las corrientes historiográficas occidentales, verbi gracia, de la microhistoria italiana que señalan el enfoque configurador de la ciencia histórica desde las voces de abajo. Para un acercamiento detallado a esta forma del proceder historiográfico, véase el texto de Giovanni Levi (2004) *Un problema de escala*.

incesantemente, a realidades históricas plasmadas por otros; aunque se efectúan en el horizonte⁸⁴ de cada historiador, en su propia experiencia.

La asunción de la *historia efectual* gadameriana (1975: 372-377) requerirá de dos momentos:

- a. Conciencia de la situación hermenéutica.
- b. Comprensión del horizonte histórico.

El proyecto historia-hermenéutica efectual será, entonces, las dos caras de una moneda: el acontecimiento fenomenológico. Una cara, acudirá a la conciencia hermenéutica y otra a la conciencia histórica del historiador. Sin estas reflexiones filosóficas el oficio histórico sería sesgado y subjetivo.

¿Cómo operan dichos momentos?

La situación hermenéutica⁸⁵ es la posición en la que cada uno se encuentra frente a la tradición, esto es, aquel horizonte en el que vive el que comprende, en tanto que, la comprensión del horizonte histórico es el horizonte de desplazamiento que cada uno toma en una situación cualquiera, esto es, aquel desplazamiento histórico al cual

⁸⁴ Para Gadamer (1975: 373) *tener horizontes significa no estar limitado a lo más cercano sino poder ver por encima de ello. el que tiene horizontes puede valorar correctamente el significado de todas las cosas que caen dentro de ellos según los patrones de cerca y lejos, grande y pequeño. La elaboración de la situación hermenéutica significa entonces la obtención del horizonte correcto para las cuestiones que nos plantean cara a la tradición. Así, debería entenderse por horizonte en el marco de la comprensión histórica, cuando nos referimos a la comprensión de la conciencia histórica de ver el pasado en su propio ser, no desde nuestros patrones y prejuicios contemporáneos sino desde su propio horizonte histórico.*

⁸⁵ Expliquemos aquí que la hermenéutica gadameriana no debe ser entendida como un recetario de leyes positivistas para la comprensión de textos y de las ciencias del espíritu, ella, más bien, acude a una fusión horízontica y vigilante de la epistemología histórica. Añadamos también la significación gadameriana acerca de esta situación: *El concepto de la situación se determina justamente en que representa una posición que limita las posibilidades de ver. Al concepto de la situación le pertenece esencialmente el concepto de horizonte. Horizonte es el ámbito de visión que abarca y encierra todo lo que es visible desde un determinado punto* (1975; 373).

pretende moverse el historiador en nuestro caso. Podríamos decir que esta comprensión última es el camino, el enfoque, la trayectoria, la escuela o visión de mundo por la que se trasegaría desde el horizonte hermenéutico.

A los conceptos de fuerza y libertad Rankeana, Gadamer añade otro, pasado por desapercibido, que constituye el alma de la ciencia histórica: el de movimiento. Este concepto, en contraposición directa con el de la distancia positivista respecto al objeto de estudio historiográfico, gravita alrededor tanto de la naturaleza científica histórica como de quien la modela.

Fusión de horizontes⁸⁶ constituye el momento nodal de la práctica⁸⁷ historiográfica conjugada en el binomio experiencia⁸⁸ hermenéutica⁸⁹ e historia, pues *la verdadera experiencia es así experiencia de la propia historicidad* (Gadamer: 1975; 434). De ahí, el corolario gadameriano (Ibíd.; 437) *el que se sale reflexivamente de la relación vital con la tradición destruye el verdadero sentido de ésta*.

⁸⁶ Es interesante como Gadamer (1975: 376) se adelanta a cualquier crítica de orden fenomenológico que cuestione el papel del historiador en tanto actos subjetivizantes en el propio hecho de historiar, y lo hace a través de los prejuicios, los cuales deben, según él, *ponerse a prueba constantemente* a la luz del encuentro con la tradición.

⁸⁷ En esta medida, la ciencia histórica, como práctica que es y como discurso asertivo, deberá considerar las siguientes premisas que justamente lo envisten de ese estatus: é um discurso analítico (...) explicativo (...) é um conjunto de proposições demonstrativo (...) é uma qualidade de voz (...) é um polêmico discurso demonstrativo (Aróstegui: 2001; 416).

⁸⁸ En Gadamer (Ibíd.; 421) experiencia no es sinónimo de subjetividad, sí lo es de vivencia, pero de una vivencia *sólo válida en la medida en que se confirma, en este sentido su dignidad reposa por principio en su reproducibilidad*.

⁸⁹ Gadamer (Ibíd.: 421) aclara: *la conciencia de la historia efectual tiene la estructura de la experiencia*. De una experiencia histórico-hermenéutica.

7. METODOLOGÍA⁹⁰

Siendo que dos son los objetivos específicos que orientan esta propuesta, ejecutado ya uno de ellos, a saber, justificar una forma de orientar el ejercicio historiográfico, no ajeno a su propia materia (la escritura), desde posturas hermenéutico-históricas que favorezcan su estatuto de cientificidad, nos queda por dar respuesta al segundo objetivo, no tanto de naturaleza teórica como el otro, sino de naturaleza comparativa. Dicho objetivo estriba en: confrontar la naturaleza *representativa* del discurso histórico y el discurso literario desde diversas posturas epistemológicas, favoreciendo la orientación explicativa del primero.

Siendo pues también que la naturaleza explicativa⁹¹ del discurso histórico en esta tesis asume la propuesta hermenéutico-histórica gadameriana, ella está enmarcada en una *historia efectual* vertida en una fusión de horizontes, esto es, de *ver el pasado en su propio ser, no desde nuestros patrones y prejuicios contemporáneos sino desde su propio horizonte histórico* (Gadamer 1975: 373), en otras palabras, en la comprensión propia, lógica y coherente del oficio del historiador.

En consecuencia, entonces, aclaremos en esta materia los siguientes aspectos al servicio metodológico de nuestro trabajo:

- I. El tratamiento metodológico que engloba el eje comparativo que nos convoca, no obedece a un acercamiento de orden literario como lo han hecho la mayoría

⁹⁰ Es conveniente para comenzar acudir a la reflexión que postula Ramírez Bacca (2010: 39) relativa al uso del método *la escogencia del método por parte del historiador depende del problema de investigación, los presupuestos teóricos, los objetivos del proyecto, el carácter de las fuentes de información y la perspectiva o enfoque histórico que se pretende desarrollar*.

⁹¹ La segunda y última reflexión que quisiera acotar de Ramírez Bacca (2010: 79) es *la creación de conocimiento con carácter general sobre la transformación de la realidad implica para los historiadores el uso de la teoría, y en particular aceptar la pretensión de que el conocimiento ofrecido se convierte en una ley explicativa válida para problemas o casos con características similares*.

de los trabajos académicos en el balance historiográfico (salvo el trabajo de Rozo), más bien, siendo un trabajo que no desmitifica ni echa por tierra la evolución epistemológica de la ciencia histórica, aplicará los conceptos subyacentes al abordaje de los estudios culturales ya que por la naturaleza del discurso novelesco de Espinosa⁹² (1970) y del discurso histórico de Ceballos⁹³ (1994), ameritan una aproximación, básicamente, desde los conceptos de *imaginario y representación*.

- II. Dicho acercamiento será de orden asertivo⁹⁴, esto es, argumentativo, pues si la naturaleza del oficio historiográfico es asertiva, explicativa y argumentativa, según se viene diciendo, entonces, la naturaleza de su análisis por teórico que sea deberá entenderse en esa misma esfera.

- III. Siendo que la naturaleza gnoseológica-hermenéutica del discurso histórico, en tanto fusión hori-zóntica gadameriana, es un comprenderse e interpretarse con base en una historia efectual bajo la plataforma retrospectiva de la tradición, entonces, el ejercicio contrastivo será también en estos términos. Será visualizado en una referencia, para lo cual, aparte de visualizar la fuente histórica de Ceballos, también, será imprescindible tener a mano el panorama de comprensión histórica de Vives (1982) para cotejar de alguna manera la

⁹² Al respecto, Forero (2006: 83) construye un perfil del novelista, del cual resalto en particular la influencia importante de la escuela modernista, en especial de autores como: Guillermo Valencia, León de Greiff, Adolfo Mejía, Clemente Manuel Zabala, y del crítico estadounidense James w. Robb. De otro lado, digamos que la novela histórica objeto de comparación y contrastación en nuestro caso es la denominada *Los cortejos del diablo* (1970).

⁹³ Diana Luz Ceballos Gómez, por su parte, es docente de la Universidad Nacional de Colombia-Sede Medellín, y como dato adicional y pertinente para efectos de esta tesis dí-gase que su eje historiográfico, por decirlo de alguna manera, lo constituyen, justamente, los estudios culturales, razón por la cual fue la fuente perfecta de contrastación. Digamos aquí también que la fuente oficial que tomamos de Ceballos es *Hechicería, brujería, e inquisición en el nuevo reino de granada: un duelo de imaginarios* (1994).

⁹⁴ Recordemos aquí a Aróstegui (2001).

comprensión histórica no sólo de Ceballos⁹⁵, sino también del panorama histórico de la colonia.

- IV. La contrastación histórica, además de las conceptualizaciones *imaginarios* y *representaciones*, contemplará y se direccionará bajo las categorías *instituciones* y *prácticas* que hacen de este abordaje contrastivo un aporte significativo a la teoría de la historia y no a la teoría literaria⁹⁶.
- V. El enfoque hermenéutico-histórico se hará en paralelo de forma que se puedan entrever las diferencias sustanciales en varios ámbitos y órdenes. Añádase aquí también que, este enfoque partirá de la divergencia de ambos discursos porque uno de ellos, el novelesco, asimila de por sí la noción de *ficción*, noción que mediante incrustaciones intertextuales que remiten al discurso histórico parecerán, a primera vista, iguales a éste, pero al cotejarlas con los referentes históricos constituirán verosimilitudes, ficciones nada más. De ahí que sea en esta dirección nuestra mirada hermenéutica.
- VI. Por último, consideramos vital hacer una sucinta contextualización del mundo español en los siglos XVI y XVII a la luz de Vives (1982), pues, esto, permitirá realizar un verdadero arco hermenéutico entre la historia referencial española y su repercusión ideológica (De ahí el abordaje del concepto de *Imaginario*) en el nuevo mundo, justamente, materia de significación y sentido, tanto en Ceballos como en Espinosa.

⁹⁵ Aquí, no sólo hacemos alusión a la obra contrastiva, sino también a la fuente *Quyen tal haze que tal pague* (2000).

⁹⁶ Por lo cual, no será utilizado, en ninguna forma, algún tipo de conceptualización de una u otra corriente literaria que sesgue el análisis histórico como por ejemplo lo hace la tesis del *Carnero*, reseñada en el estado del arte.

Comencemos entonces por la última premisa, por España⁹⁷. En el ocaso del feudalismo nobiliario, dado por el clima renacentista, la nobleza y la corona española, salvo raras excepciones, colaboraron⁹⁸ en el nuevo orden político. Sin embargo, con el advenimiento de la crisis a comienzos del reinado de Carlos V (por medio de la guerra de las comunidades en función de una política exterior), Castilla cayó en *los brazos* de la oligarquía nobiliaria triunfante *que proporcionó al país sus cuadros de mando durante los siglos XVI y XVII* (Vives 1982: 51). A su vez, esta oligarquía le entregó el poder absoluto a Felipe II.

En Felipe II, el poder se secundo por la causa de la catolicidad. Felipe II *se identificó con el ímpetu espiritual y político del país* (Ibíd. 51). No obstante, fue Carlos V, en 1520, quien estableció de un modo oficial el cuadro jerárquico de la nobleza. A partir de este hecho histórico nodal, que dividía a unos y a otros, la puerta de comunicación entre los estratos sociales se abrió por la institución religiosa, el clero⁹⁹.

⁹⁷ Siendo ésta, una empresa compleja de construir, realizaré una síntesis (haciendo honor a su nombre) sólo desde los planos políticos y eclesiásticos (aunque el enfoque estribará en los últimos), pues tal como lo señala Vives (1982: 54), al menos en España, *El fervor religioso y la fidelidad monárquica constituyen la plataforma (...) en el despliegue político del país*. Y, por ende, del nuevo mundo, de hecho, España, desde el mismo momento que tomó tierras vírgenes americanas, tuvo en mente la *Conquista espiritual* del nuevo mundo. Y, precisamente, la fuente histórica de Ceballos y la literaria de Espinosa tendrán como temática común los *imaginarios* del clero en la época colonial. Advirtamos aquí que esta historia de orden simplificativa se hará desde la referencia de Vives.

⁹⁸ Esto sobre todo, mientras en el cetro estuvo Felipe II.

⁹⁹ Según Vives (1992: 63), *las grandes dignidades eclesiásticas procedían generalmente de las clases aristocráticas*. Además, su despliegue en el reino *se confundía* (en la época de los tres primeros Austrias) *con el despliegue político-cultural hispánico, al servicio de la causa del catolicismo en las luchas que presidieron el nacimiento del mundo moderno*. Añádase aquí que la potencialidad económica del clero fue un foco importante de interés, sobre todo, cuando en el último tercio del siglo XVI el país muestra síntomas de decadencia económica.

Como objeto de deseo por su potencialidad económica, ingresan muchos a sus filas, pero pronto se corrompió¹⁰⁰, de ahí que fuese necesaria una gran reforma *abundaban los clérigos amancebados y los frailes alegres y moceros en los que de un modo raro y sorprendente se mezclaban la lubricidad con la religión* (Vives: 1982; 66).

No obstante, amén de las prácticas corruptas de muchos integrantes de la jerarquía eclesiástica, España¹⁰¹ fue el bastión que rechazó la creciente ola protestante. En la España de Felipe II, entonces, se propendería por la defensa de un país *libre de contaminaciones heréticas*, lo cual desembocaría en un *nacionalismo religioso*.

¹⁰⁰ Cisneros hizo una reforma tanto regular como secular, pero *no logró desarraigar por completo las graves faltas de moralidad en que incurrían muchos eclesiásticos* (Vives: 1982; 66). Justamente, contra estos hechos reaccionó el Concilio de Trento. Dicho concilio, organizado en 1542 e instado por Carlos V al Papa Pablo III, buscaba la unidad política y religiosa de Alemania y, además, obligaba a la iglesia católica a definir nuevamente su teología, a establecer una contrarreforma, pues ya en la mayoría de los pueblos europeos estaba el germen del protestantismo inglés (Wyclef), el protestantismo alemán (Lutero), el protestantismo suizo (Zwinglio), el protestantismo francés (Calvino). La iglesia católica en su afán por reorganizar su sistema debía, también, evaluar sus métodos de acción, y fue esta reflexión la que hizo entrar en escena a San Ignacio de Loyola, fundador de la orden de los Jesuitas, quién como soldado consagrado al papa se especializó en la eliminación de los enemigos de la iglesia. Loyola escribió un tratado llamado *ejercicios espirituales*, en el cual aduce que la voluntad del individuo *puede y debe someterse* completamente a la unidad de su superior, de cristo, personificado en el Papa (este principio es antagónico al de conciencia protestante, esto es, el principio de libertad de su conciencia iluminada por la sagrada biblia). Por tanto, el clero europeo, sobre todo el español bajo la forma jesuita esencialmente, hizo posible que la iglesia aplicara los métodos de autoridad absoluta y que los herejes debían volver, por conciencia o por obligatoriedad, a su seno.

Hemos de anotar aquí también que el tribunal de la inquisición, si bien cobra fuerza con el jesuismo, fue instalado siglos atrás con Inocencio III, en el ocaso de la edad media, quien ordenó el movimiento de las cruzadas contra los musulmanes con el único propósito, según él, de *rescatar a palestina de las manos de los infieles*. Así, el santo oficio, como instrumento avasallador eclesiástico, era un instrumento de tortura que perseguía a todos los que eran sospechosos de herejía ante la iglesia, y su paladín más enorme en España era Felipe II.

¹⁰¹ El país se convirtió en *reducto* del catolicismo y asimiló la inquisición como *martillo y yunque* (Ibíd. 67). La inquisición actuaba, aniquilaba, quemaba, penetraba, castigaba, desarraigaba.

Pasando de continente, en la América fundacional¹⁰², en una civilización avasallada y, en consecuencia, aculturizada por el imaginario¹⁰³ español¹⁰⁴, en una especie de república española¹⁰⁵, nace una sociedad nueva¹⁰⁶, una sociedad trilogica (india, negra y blanca) que se desplegará a partir de un *complejo de intereses* en otro esquema. De los blancos surgirán: conquistadores, clérigos y gobernantes.

Inicialmente, con su función misional¹⁰⁷ por encima de cualquier cosa, los clérigos, bajo la figura de los frailes¹⁰⁸ protegieron¹⁰⁹ de los conquistadores-colonizadores a toda costa a los indios, lo cual implicó un distanciamiento con su coterráneos. Sin embargo, a posteriori, esta tensión no se mantuvo por mucho tiempo, pues pronto la corona se encargaría de nombrar, bajo la figura del centralismo estatal¹¹⁰ y no bajo el carácter

¹⁰² Esta es lo que Vives (Ibíd. 439) denomina el periodo de la verdadera fundación de las Indias, 1519-1573 (siglo XVI).

¹⁰³ Vives (Ibíd. 322) señala que *hasta mediados de siglo predomina en el escenario americano la brillante figura del conquistador, en cambio, en las dos décadas siguientes se encuentran ya presididas por otros tipos humanos: el encomendero, el misionero y, sobre todo, el funcionario del Rey.*

¹⁰⁴ Los españoles haciendo casi tabla rasa de lo que hallaron implantaron sus formas de vida, pues las estructuras sociales, religiosas, institucionales, económicas les *parecían inservibles*. (Ibíd. 320).

¹⁰⁵ Término moderno y problemático en este contexto; aunque utilizado por Vives.

¹⁰⁶ Esta sociedad, inicialmente compuesta por conquistadores, indios, negros y blancos, varía conforme a las circunstancias y a las directrices emanadas de la corona al otro lado del océano.

¹⁰⁷ La evangelización de los indios.

¹⁰⁸ Decisión que tomaron por el convencimiento que tenían la conquista espiritual, pues enseñaban por precepto y por ejemplo, pero mientras ellos predicaban desde el púlpito, las acciones de los conquistadores denunciaban otro discurso. Así, pronto se pusieron del lado de lo que su discurso pregonaba.

¹⁰⁹ De hecho, los frailes protegieron a toda costa la sociedad indígena contra la española.

¹¹⁰ La figura del centralismo, según (Jaramillo Uribe: 1982; 350), consiste en una monarquía nacional absoluta que no compartía sus derechos de soberanía con los poderes feudales. Esta figura se acentuaba todavía más en los territorios americanos desde Madrid. El imperio sería maniobrado desde este lugar, auxiliado por una legislación unitaria, instrumentado por una

hereditario¹¹¹, a gobernadores¹¹² e capitán, gobernadores e alcalde mayor, corregidores, tenientes letrados, oficiales reales, jueces visitadores o pesquisidores...

Por tanto, a fines del llamado periodo fundacional, *el estado logró su punto máximo de control y centralización política, económica e institucional en Indias* (Vives: 1982; 439). Sin embargo, el clima económico y los apuros financieros de la monarquía española, en su política barata y descentralización progresiva, desgastaban las administraciones públicas, quedando ellas ineficaces y anticuadas frente al panorama que ofrecía la América en evolución a su hito independentista.

Por último en este recorrido, digamos en materia religiosa que el establecimiento de nuevas órdenes religiosas, a fines del siglo XVI, llámense: Carmelitas descalzos, Frailes de San Juan de Dios, Frailes de San Antonio de Abad, Frailes de la hospitalidad de San Hipólito, y, por supuesto, Jesuitas, órdenes que como ya dijimos no fueron inmunes a los escándalos morales, influyó notablemente para el arraigamiento fortísimo de las clases sociales de las indias en la medida en que trajeron consigo todo ese *imaginario* de orden simbólico y judicial de la santa inquisición¹¹³.

burocracia de organización jerárquica y, finalmente, controlado desde la dirección central del imperio encabezada por el Rey.

¹¹¹ Es decir, no bajo la razón de conquistar, sino bajo el mérito del agrado o la compra de cargos.

¹¹² Estas figuras necesarias, de algún modo, irían descentralizando el poder monárquico; sin embargo, con la creación de la primera *Audiencia*, en 1511, se reafirmaría su supremacía. Cabe anotar que son *jueces oidores* quienes integran dicho tribunal, y fueron ellos los que constituyeron *el partido del Rey*, es decir, el gobierno corporativo del Rey que entre muchas funciones tenían el privilegio de nombrar los virreinos (el *alter ego* del Rey).

¹¹³ La iglesia de las Indias; *aunque siempre alérgica por las herejías o desviaciones dogmáticas, se mostró mucho menos activa, competente y poderosa que en la península* (Vives: 1982; 483).

Con esto en mente, antes de adentrarnos en el abordaje hermenéutico-histórico de *los cortejos del diablo*, por un lado, y en *Brujería, hechicería e inquisición en el nuevo reino de granada*, por otro, aclaremos un poco la naturaleza semántica de los dos discursos a partir de algunas apreciaciones necesarias:

- I. Uno y otro discurso, si bien se valen de la misma materia (la narración), parten de configuraciones (por ende preconfiguraciones y reconfiguraciones) muy disimiles, pues mientras la novela histórica de Espinosa se gesta bajo la óptica del *gran tiempo*¹¹⁴, el discurso de Ceballos se plantea desde categorías históricas inherentes al *trazo* mismo de la nueva historia cultural¹¹⁵.
- II. El acercamiento hermenéutico-histórico, si bien es cierto, estribará bajo los rasgos de una historia efectual (lo que hace este abordaje metodológico de un carácter netamente histórico), también es cierto que de ningún modo desconocerá los puntos de vista de Forero, pues ellos son de largo alcance para conocer al menos el funcionamiento mismo del tejido literario novelesco del Cartagenero.
- VII. Por último, recordemos, ahora, las premisas fundamentales de nuestro abordaje: uno, acercamiento histórico categorial (reconociendo la mirada de Rozo) que no obedece a una teoría literaria en particular sino más bien, a los conceptos de

¹¹⁴ Aquí hacemos referencia a la propuesta magistral de Forero (2006: 106,110) por varias razones, una, en la medida que su tesis, respecto a la obra general de Espinosa –todas sus novelas históricas al menos-, del *gran tiempo* gravita alrededor del acto mismo del narrador, pues éste configura su novela no obedeciendo a estrictos órdenes cronológicos, ni mucho menos a históricos, sino bajo la propia base de *un tiempo* quizá cosmológico, porque en él se cuentan otras historias subordinadas (referidas siempre a una puesta en escena de los personajes) que sirven como elementos de juicio para comprender las conductas de los personajes principales. Esta configuración narrativa particular de Espinosa desde la óptica de Forero se aclarará detalladamente más adelante.

¹¹⁵ Recuérdese que éste parte de categorías como: *representaciones, imaginarios y prácticas*, de ahí que el mismo se configure bajo conceptos como: inquisición, magia, hechicería, derecho, santo oficio, cuestiones de tormento, medicina...

representación e imaginario. Dos, ordenamiento asertivo del discurso hermenéutico. Tres, confirmación del planteamiento¹¹⁶ de Ceballos en la tradición, en una referencia a.... Cuatro, además de las interpretaciones hermenéutico-históricas de orden comparativo desde los conceptos de *imaginario y representación* se abrirá el despliegue horzónico desde categorías como las categorías *instituciones y prácticas* que hacen de este abordaje contrastivo un aporte significativo a la teoría de la historia y no a la teoría literaria. Cinco y último, el enfoque hermenéutico-histórico¹¹⁷ se hará en paralelo y partirá de la divergencia de ambos discursos porque uno de ellos, el novelesco, asimila de por sí la noción misma de *ficción*.

Con base pues en estas premisas metodológicas, iniciemos pues nuestra fusión de horizontes.

7.1 Instituciones¹¹⁸.

Las cosas más esenciales del individuo no son las más próximas a él, las que se corresponden más estrictamente con su personalidad individual. La esencia del hombre es la humanidad (Marcel Mauss: 29).

¹¹⁶ Obviamente por la envergadura del trabajo, algunas veces se cotejará con la mirada de Vives (1982) como lo señalamos antes, pero en su mayoría de veces, simplemente, se hará una mención de la fuente citada por Ceballos (1994) pues la naturaleza de este trabajo no consiste en dilucidar, circular y retrospectivamente, las fuentes históricas a profundidad, consultadas por la historiadora cultural. Motivo y justificación para otro tipo de trabajo académico.

¹¹⁷ Aunque reiteradamente este enfoque se ha decantado reflexivamente un poco de modo estructural, su naturaleza, en ningún modo, obedece a este patrón. Por el contrario, estos cinco momentos, por así decirlo, se entrecruzan, y su hilo conductor es netamente el categorial, de orden eminentemente epistemológico-metodológico

¹¹⁸ Mientras Roza (2010: 13-14) distingue dos Cartagenas, dibujadas de la propia mano de Espinoza, esto es, *la que construye y habita espacios marginales y cuyo discurso, llevado por el deseo, promueve prácticas insurrectas, y la Cartagena institucional, que intenta controlar una población ingobernable por medio del discurso de la ley*, Ceballos (1994: 52) reconfigurará históricamente, en el marco de la inquisición medieval europea y española, una Cartagena, la única, a la luz de fuentes documentales importantes.

Toda *práctica* histórica está dada en el reino de *representaciones*¹¹⁹ y toda *representación* en el reino del discurso. De esta manera, dos manifestaciones discursivas desde la óptica de las *representaciones* adquirirán vuelo. Una desde el mundo suprahistórico (La novela) y otra desde la *representación social*, esto es, la fusión de horizontes. Comprender es, entonces, *comprenderse en el otro*, en la tradición.

Por tanto, mientras la novela de Espinosa adquiere un carácter suprahistórico¹²⁰, la fuente de Ceballos adquiere un carácter de orden contextual-argumentativo en la medida

¹¹⁹ Quisiese, aclarar un poco el marco en el que opera la comprensión histórica de Ceballos, mediante una pequeña reflexión. De la misma manera que definió Saussure la Lengua en su *curso de lingüística general*, como un sistema de signos arbitrarios y convencionales, Baczko (1999: 21) nos asegura que *en la mayor parte de las representaciones colectivas no se trata de una representación única, de una cosa única, sino de una representación elegida más o menos arbitrariamente para significar otras y para impulsar prácticas*. Siendo pues, estas *representaciones colectivas* una plataforma comunicacional de tipo social, sirven además, según Baczko (Ibíd. 16), *de dispositivos de protección y de represión que los poderes establecidos levantan para preservar el lugar privilegiado que se han otorgado así mismos en el campo simbólico*. De ahí que coexistan disputas por la dominación simbólica, *una lucha simbólica por imponer formas de clasificación- socioculturales y no naturales-, que son las que en últimas se constituyen como cultura dominante, culturas populares o todo el abanico de subculturas* (Ceballos: 2009; 23). De esta forma, El historiador de la cultura, se verá abocado a resolver dos problemas; por un lado, analizar la elaboración y el aprendizaje de las técnicas de manipulación de *los imaginarios sociales* -su manipulación, cada vez más sofisticada y especializada-, y, por otro lado, a examinar los elementos de reflexión sobre *los imaginarios sociales*, su papel en la vida cotidiana, su manejo. Todo esto, sin considerar la máxima que propone Chartier (2002: VIII) *cualquiera que sean las representaciones no mantienen nunca una relación de inmediatez y de transparencia con las prácticas sociales*.

Cultural Turns, resignificando un poco a Michel de Certeau, requiere que las prácticas y discurso del historiador-cultural- confluyan hacia el tratamiento de ideologías; a una historicidad de la historia, esto es, a una *práctica* Interpretativa, hacia una praxis social, hacia una realidad, a una *práctica* que organice el texto y cierre un modo de inteligibilidad; a una historia que combine lo pensable con los orígenes según el modo como una sociedad se comprende, que comprende sus símbolos, sus signos, tomados luego como realidades. En este contexto historiográfico es el que debemos comprender a Ceballos, pero bajo nuestra óptica, la gadameriana.

¹²⁰ Connotamos esta forma así porque si bien es cierto ella, en general, está enmarcada en la época fundacional de América, la obra misma, además de pasar por diferentes estadios estéticos como afirma Forero (2006: 102; 242) se yuxtapone al tiempo real Cartagenero (su contexto temporal ubicado en el siglo XVII) de un día y medio cualquiera, en la medida en que

en que explicita las relaciones entre *los imaginarios sociales* a partir de vínculos cronológicos definidos, verbi gracia, el contexto¹²¹ inquisitivo medieval.

En sentidos gnoseológicos disimiles, bien por naturaleza discursiva, bien por naturaleza fenomenológica, a la luz de las *instituciones* que regían la América española, Ceballos (1994: 15-58) nos entregará el contexto el *imaginario colectivo*, de orden documental que se tiene desde la entrada¹²² de los españoles a tierras vírgenes hasta la inquisición europea y americana, esta última aterrizada en el Nuevo Reino de Granada.

¿Cómo lo hace? ¿De qué manera se encuentra ella con la tradición? Pues bien, atendiendo a los criterios de objetividad¹²³ en que se sustenta la ciencia histórica, Ceballos reconfigurará¹²⁴ la historia bajo los principios de la lógica-argumentativa, si se quiere, bajo el estatuto de discurso asertivo. Esto se justifica no por la trama que se transluce en el nombramiento e invocación¹²⁵ de *las instituciones* y personajes de renombre de dicha época, sino por la carga epistemológica y la solidez en términos de *imaginario social* que conservan los susodichos. Dicho de otro modo, de sus cargas

el lector deberá advertir que la obra contempla un *conocimiento del pasado de los personajes o de la sociedad en general así como del futuro nacional: la llegada de los conquistadores españoles a América, lo sucedido en 1670 con el inquisidor Mañozga y las gestas revolucionarias del siglo XIX, e incluso sucesos del veinte. El gran tiempo.*

¹²¹ Quisiese decir aquí que aunque este concepto es tomado de la hermenéutica romántica de Schleiermacher, el mismo, es de vital importancia para la comprensión histórica de fusión horizontal.

¹²² Lo que en una palabra ella citaría como procesos de aculturación (adaptación a un estándar diferente), neoaculturación (creación de nuevos fenómenos culturales) y transculturación (las diferentes fases de una cultura a otras) colonial.

¹²³ Una objetividad sustentada en la tradición, en las fuentes, en la conversación con otro, amén de la naturaleza fenomenológica del hecho histórico.

¹²⁴ Aquí no se debe entender esta acción en términos de ficcionalización, sino en términos de actualización de la historia a partir de otra retrospectiva, esto es, el círculo hermenéutico.

¹²⁵ Por el efecto verosimilitud.

semánticas configurativas, de sus recorridos históricos¹²⁶. Sustentemos, en dos momentos como opera el entronque hermenéutico-histórico:

- I. Generalización histórica de la *institución*: En este estadio Ceballos (1994: 30) da cuenta a la luz de la institucionalización, en la edad media, del tribunal de la santa inquisición¹²⁷ y su consigna: *eliminar todos los grupos exteriores a ella con una marcada tendencia a demonizarlos*.
- II. La puesta en escena del mismo órgano, de dicha *institución*, en otros contextos. Aquí nos referimos, esencialmente, a la puesta en escena, en América

En 1608 se pensó fundar el tribunal en Santo Domingo, pero decidieron sumar este distrito al que se crearía en el Nuevo Reino y erigirlo en Cartagena de Indias (...) por ser puerta de entrada de mercancías, extranjeros y esclavos. Así se tendría un control más efectivo de las personas y libros contaminados de herejía, función

¹²⁶ Este constructo es analógico a la teoría literaria de Greimás cuando señala en el concepto literario de personaje la noción de recorrido figurativo. No obstante, la no asunción aquí de ninguna corriente literaria, tomo el constructo de recorrido histórico en el ámbito de los *imaginarios sociales* ya que no encuentro en la literatura de la ciencia histórica un término o concepto equiparable al mencionado. Sin embargo, este tiene mucha semejanza con aquel que la filosofía Ricoeuriana de la historia denomina *identidad narrativa*, aunque dista mucho de lo que se quiere aquí.

¹²⁷ Según Ceballos (Ibíd. 30) también, en esta época se vio a la iglesia como una oponente intransigente, implacable y perseguidora. Si se observa bien aquí, Ceballos nos plasma el *imaginario social* que se tenía, que se veía de la iglesia, al ser la misma una *institución* de corte *social*. Éste es el punto focal de nuestro acercamiento hermenéutico-histórico, pues se efectúa claramente un recorrido histórico veraz de dicho *imaginario*. Visto en este trabajo en los inicios metodológicos, fundamentalmente en el pie de página No.100 y, además, referenciados por la historiadora cultural desde fuentes como: *Los antecedentes medievales de la Institución, Historia de la inquisición en América y España, La inquisición Española*, entre otras.

primordial, que la historia del Santo Oficio¹²⁸ de Cartagena ratifica¹²⁹ (Ceballos Gómez: 1994; 52).

Sin embargo, lo que ella *ratifica* en su comprensión histórica por referencia a otros, en su fusión horizontal es la actualización de esa potencia *institucional* del Santo Oficio en Cartagena de Indias. No obstante, otro elemento importante y alusivo al *Imaginario* fundacional no deja de ser producido por Ceballos Gómez, esto es, aquel que señala la decadencia¹³⁰ de *dicha institución* en Cartagena de Indias.

So pretexto de *este imaginario social* que revestía la institucionalidad del clero¹³¹, Espinosa, con una maestría literaria loable¹³² y con un conocimiento histórico importante, ve en esta evolución del *imaginario social* intercontinental del Santo Oficio el intertexto necesario para plasmar su obra. Configura y entreteje, desde el plano histórico-literario (de las *representaciones* fenomenológicas), una novela que, sin duda alguna, alimentará el hambre de ficciones, objeto de la masa societal consumista de literatura, pero, a su vez, aturdirá a aquellos lectores desapercibidos y a aquellos historiadores de la pista narrativista que defienden, espada en mano, la historia narrativizada.

¹²⁸ Esta Institución, según Vives (1992: 482-483) se estableció en Indias a partir de 1570.

¹²⁹ Considérese este verbo a la luz de la *historia efectual*.

¹³⁰ Ceballos (1994: 56) expresa que, al menos en Cartagena, desde su aparición estaba condenada al fracaso.

¹³¹ De un clero que para ese entonces, siglo XVII, manifestaba ya indicios y evidencias de corrupción en varios órdenes (Vives 1992: 482), llámese *falta de verdadera vocación, relajación de costumbres, inobservancia del celibato, dedicación a lucrativos negocios, consolidación de frailes funcionarios* (pues había cesado ya la ola de la vocación de los primeros frailes de la conquista), entre otros. Para el XVII, el clero como figura *institucional*, fruto de los matices y giros dados por el Rey a la naturaleza de los cargos públicos, se burocratizó; y al fin de cuentas sería un eslabón más para producir brotes de anticlericalismo que harían de la sociedad colonial española más tarde una república independiente.

¹³² Objeto de admiración de literatos como Vargas Llosa y García Márquez, entre otros.

Sutilmente, el narrador de los *Cortejos del diablo* instala las representaciones históricas correspondientes que den un ambiente retrospectivo y, si se quiere, un poco de carácter histórico al lector. Y lo hace a través de alusiones¹³³, alusiones a nombres de personas, espacios, *instituciones*, *imaginarios*, y *prácticas* de la realidad histórica que, por su puesto, reconfigurará en la dinámica ficcional. Ya lo señalaba Martínez Fernández, cuando el intertexto (en forma de alusión¹³⁴) se instala en otro discurso, en este caso, el literario adquirirá entonces la naturaleza del que se incrustó.

Espinosa, por tanto, en *los cortejos del diablo*, bajo una estructura paralela¹³⁵, instalará a actores eclesiásticos que revisten, “se supone”, el carácter *institucional* y *representacional* de la iglesia católica Española en la América colonial; sin embargo, contenida en esa misma estructura, como en una suerte de contrafuerza *institucional*, Espinosa dejará entrever el propósito mismo de su novela, esto es, *des-sacralizar* aquello que la historia oficial reconoce y da por sobreentendido, “*des-naturalizando*” y *descarnando* la carga histórica de sus actores¹³⁶ y, por ende, *re-significando*, *re-semantizando*¹³⁷, desde la novela histórica, otras *instituciones* desdeñadas, repugnadas si se quiere, por el acervo colonial de entonces. Es más, a partir de este juego de roles, el narrador dejará entrever en su novela el carácter ambivalente de una misma *institución*, eso sí, sustentado en un hecho histórico.

Ahora bien, ¿Quiénes son las *instituciones* que operan en la Cartagena de Indias colonial? ¿De qué manera son *representadas* en el discurso histórico y en el literario

¹³³ Martínez Fernández (2001: 40) indica que *por alusión textual se entiende las maneras en que los comunicadores hacen referencia o utilizan textos conocidos. Cualquier texto previo puede ser utilizado en la producción del nuevo texto, pero entra dentro de la práctica lógica, el uso alusivo de textos conocidos para facilitar la interacción comunicativa con el receptor.*

¹³⁴ O bajo la modalidad de citación.

¹³⁵ Una trama paralela, esto es, la historia de Juan Mañozga secundada por otras historias (Diégesis) bajo la técnica del retorno a la historia central.

¹³⁶ Esto primero, será nuestro objeto de análisis en la categoría *instituciones*.

¹³⁷ Lo segundo, será nuestro objeto de análisis en la categoría *prácticas*.

noveslesco? ¿De qué acontecimientos históricos, propios de la novela *los cortejos del diablo*, se vale el novelista histórico para ficcionalizar con las *instituciones coloniales*?

Dígase de paso que demostrar esta empresa tan compleja y ardua es lo que con certeza nos autoriza y habilita para sentenciar la naturaleza disímil de ambos discursos, bien en su aspectualización epistemológica-gnoseológica, bien, y aún más, en su aspectualización fenomenológica.

Adentrémonos pues en la demostración.

Los cortejos del diablo, novela histórica¹³⁸ de Germán Espinosa, sin duda alguna, se configuran desde la dimensión religiosa¹³⁹; sin embargo, esa configuración

¹³⁸ A propósito de esta categoría, desde ya dejemos sentadas algunas ideas y algunos aspectos importantes sobre todo con relación a la historia. En primer lugar, digamos que una de las características más importantes de este género es el desborde de los límites de la historia, por tanto, estamos hablando de transgresión epistemológica de la historia. En este sentido, Villanueva (1989: 9) señala: *la novela es el reino de la libertad, libertad de contenido y libertad de forma, y por naturaleza resulta ser proteica y abierta. La única regla que cumple universalmente es transgredir todas*. Con base en lo anterior, se puede inferir que la novela histórica no es ni será fiel a los hechos ni datos históricos oficiales, más bien, partirá de los mismos y, en una suerte narrativa, los modificará y recreará para cumplir con su misión última, su contrato ficcional con el lector. En segundo lugar, teniendo en cuenta la premisa anterior, esto es, la libertad narrativa, invoquemos la noción de género aquí, para decir que amén de las teorías posmodernistas que plantean la existencia de un hibridismo universal en el seno mismo de la literatura y, en consecuencia, la desaparición de dicha categoría, aquí, esta noción es de vital importancia, pues el adjetivo *histórica* nos indica lo que Gadamer denomina *universo hermenéutico* o, si se quiere, lo que Jauss nombra como *Horizonte de expectativas*. La Noción de género, al menos para efecto de este trabajo, será un indicador vital, pues el *universo lingüístico y conceptual* de Espinosa reclama un marco puntual histórico e *institucional* (El religioso) y, por tanto, la noción de género es imprescindible para *la fusión de horizontes* gadameriana de la cual hablamos en el marco teórico de esta Tesis. En tercer lugar, digamos que en ese marco *Institucional* de orden religioso, reiterado en Espinosa (Isotopía en teoría literaria), será el eje que condensa la novela histórica objeto de nuestro análisis y, será desde ahí, desde este generador, como vislumbraremos su propuesta de *desnaturalización institucional* del clero, si se quiere de *degradación*. En dicho sentido, el género es y será un código histórico-hermenéutico bajo el cual, Autor/lector compartirán un multiuniverso común al conocido pero transgredido por la naturaleza narrativa literaria.

fenomenológica de la historia de la Cartagena colonial inquisitoria (*Institucional*) es, con toda seguridad, la creación de un metauniverso que desborda la historia oficial de una manera muy hábil y elocuente.

Espinosa, tomará un hecho histórico sorprendente de la historia oficial para reconfigurar, desde la ficción como compañera, su novela *institucional*:

El tribunal cartagenero nunca tuvo “el brillo” de sus similares españoles. Sus inquisidores se ocuparon más de pelearse más entre ellos, tramitar intrigas ante la suprema y discutir privilegios con el brazo secular, que de velar por el mantenimiento de la fe de esas tierras. (Ceballos Gómez: 1994; 55).

Si bien es cierto es probable que Espinosa jamás haya leído la referencia histórica escrita de Ceballos, con seguridad que sí leyó en otras fuentes históricas oficiales este suceso y, además en conjunción con éste, en quién sabe que fuentes, la decadencia de la moral y autoridad eclesiástica en Cartagena de Indias, aspecto que en páginas anteriores se había soslayado.

Bajo este marco histórico colonial e *institucional*, lleno de crítica y sevicia, el narrador de *los cortejos del diablo* nos presenta en la obra, de diversas maneras y puntos

¹³⁹ Es importante entrever que el tema religioso es, sino el primero, uno de los generadores discursivos más atractivos en la obra de Espinosa. En sus diversos textos el dogmatismo católico constituye la fuerza gravitacional que da vida al entronque ficcional. La religión, por tanto, se reviste del traje llamado *institución* católica.

de vista¹⁴⁰, las *instituciones sociales y religiosas* coloniales, pero *des-naturalizadas* al extremo, esto es, caricaturizadas y ridiculizadas, a diferencia de la narrativa histórica.

Por la pasarela narrativa desfilarán pues el tribunal de la inquisición (santo oficio) encarnado en la figura de Juan de Mañozga y Fernández de Amaya (Alcaide de la Inquisición), la corona española *representada* en la figura seductora y mítica de Catalina de Alcántara, el Clero católico (funcionalmente divergente al santo oficio) hecho carne en el Obispo Ronquillo de Córdoba (difunto), el Obispo Cristobal Pérez de Lazarraga, el diácono Fray Antolín, el Padre Montero, el Padre Pedro Cláver; el poder civil bajo la forma del rey de España, los esclavos “Cimarrones” (Indios, negros, mestizos, mulatos y zambos) *representados* por Luis Andrea; la sociedad¹⁴¹ esotérica encabezada por el alquimista Mardoqueo Crisobérilo y Rosaura García, la clase comerciante *representada* en las figuras de Lorenzo Spinoza y Orestes Cariñena. Esto, sin considerar personajes históricos de la talla de Don Pedro de Heredia, Juan de Villegas, Pedro Martínez de Agramonte, Gonzalo Fernández entre otros, que de una u otra manera influyeron en la historia real de Cartagena de Indias.

Así, el inquisidor Don Juan de Mañozga¹⁴², una autoridad pública del Santo Oficio erigido en Cartagena de indias, es revestido de múltiples caracterizaciones. En Mañozga

¹⁴⁰ Al respecto Sommer (2004: 44) indica, en el marco de los novelistas del *Boom*, que *los nuevos novelistas trazan la densidad histórica sobre un mapa atiborrado de proyectos entreverados y desechos*.

¹⁴¹ Es importante entrever que, históricamente, el origen de la sociedad colonial, según Jaramillo Uribe (1982: 280), *se fundamenta en el hecho de la conquista y en el privilegio institucionalizado*. De ahí que su distribución en orden jerárquico sería: terratenientes, clero, mineros, comerciantes, encomenderos, comunidades indígenas y esclavos; sin embargo, el mismo Jaramillo Uribe (1982: 286) plantea que la historia social colombiana es un *terreno casi virgen para la investigación*. De otro lado, esta taxonomía y jerarquía social que se infiere de la novela de Espinosa se propone, justamente, para facilidad del análisis, pues, como se ha dicho y considerado se *des-naturalizaran* unas *instituciones*, y se afincarán otras (Inversión *institucional*).

¹⁴² Una personalidad pública del Santo Oficio con sede en Cartagena de Indias, del cual históricamente sólo se tiene evidencia de su nacimiento en España y de su muerte en México.

veremos entonces a un personaje que en vez de encarnar el *imaginario social* histórico, descarna y descontextualiza como personaje inoperante¹⁴³ el nuevo orden colonial.

Pero ¿Quién es Juan de Mañozga? como representante de una *Institución* tan prestigiosa, a saber, el tribunal de la santa inquisición ¿Cómo es vista su figura y, en consecuencia, la *institución* que *representa*? En esas relaciones sociales, además históricas, ¿Cómo se dilucida la *institución* católica, como núcleo y eje de la trama de Espinosa? ¿Cómo se transgrede el discurso epistemológico de la historia oficial en materia de tratamiento de la categoría *Institución*? Y ¿Cuál es, entonces, la propuesta de Espinosa al hacer uso de esta transgresión de roles *institucionales*?

En primera instancia, Juan de Mañozga¹⁴⁴, inquisidor del santo oficio, es visto en la obra, casi siempre, a la luz de una *institución* en decadencia¹⁴⁵. Juan de Mañozga, es visto por la sociedad colonial como un anciano decrepito, de hecho, la Beata que denunció a Lorenzo Spinoza, se preguntaba *cómo pudo este hombre envejecer en tan poco tiempo* (Espinosa: 1979; 30); además, en este mismo sentido, el narrador señalaba que *parecía su propia caricatura* (1979: 30). Tal caricatura se acentuaba aún más cuando el decir de la gente misma, de unos subalternos pero al cabo que gente, que tal inquisidor les *tiene pánico a los brujos*, aseveraba un colega suyo, esto es, un presbítero. Sin embargo, para tal miembro de tan magna *institución*, el panorama se ponía más lúgubre al saber que no sólo esas eran apreciaciones de terceros, deplorablemente, eran también las suyas:

¹⁴³ Si bien es cierto que, como vimos páginas atrás con Ceballos, el Santo Oficio entró en una etapa de decadencia al final del XVII, también es cierto que el clero por más santo y excelso que fuera, cosa que así no era, no podía volar, característica del inquisidor en la obra.

¹⁴⁴ Una personalidad pública del Santo Oficio con sede en Cartagena de Indias, del cual históricamente sólo se tiene evidencia de su nacimiento en España y de su muerte en México.

¹⁴⁵ Ceballos Gómez (1994: 55) asegura que *en el siglo XVII comienza la decadencia del santo oficio español y, paradójicamente, es el periodo del “apogeo” del tribunal de Cartagena, apogeo que nunca existió.*

Desde el mirador del santo oficio, el anciano Juan de Mañozga oía aletear las parejas de brujas cuyos balidos de chivato confirmaban, a la mente senil del inquisidor, sus calenturientas presunciones: aquellos extraños seres bailaban de noche alrededor de un cabrón. (1970: 13).

Mañozga, llamado también por muchos incluso por su Aicalde *viejo cabro*, era una vergüenza para el santo oficio. ¡Qué tenía de santo con aquel viejo cobarde! uff y ¡Qué tenía de santo! pues aún sus homólogos argüían, al ver los calabozos vacíos, que *el santo oficio ya no tiene oficio* (1970: 76).

¡Ay, Mañozga, Mañozga! Mañozga era, por tanto, el hazme reír de la ciudad, pero Mañozga no era Mañozga, era el representante de una *Institución* excelsa y sagrada como la santa inquisición. Era la misma iglesia católica la que estaba en boca de la multitud cartagenera. Entonces, ¿Qué hacer?

Tal era la pena común que unía a sus homólogos que el propio obispo musitó: *hablaré con Mañozga (...) si pasado cierto tiempo compruebo plenamente la indolencia del santo oficio.* (1970: 76).

Mañozga, para revivir, se alimentaba sólo de su pasado, el histórico paradójicamente, pues en distintos momentos de la trama espinosiana, hacía alarde de la muerte en la hoguera de Luis Andrea, el cristo de las Indias, el mártir cimarrón que había vendido su propia alma a Buziraco. Pero, ahora, el Mañozga literario, la encarnación *institucional* del santo oficio, era, por así decirlo, un enajenado social,

Los que no lo conocían, interrogaban a los otros, intrigados por esa aparición fantasmal de un hombre a quien suponían en el apogeo de la sanguinaria majestad. Los atónitos espectadores – los que recordaban el brillo de los antiguos autos de fe, los tiempos en que Mañozga se enseñoreaba en un sitial espléndido rodeado de oficiales, arcabuceros y funcionarios civiles y eclesiásticos (...) no podían explicarse esta impensada, brusca decadencia de un hombre que llegó a pasmarlos con su vigor (1970: 82).

Pero, ¿Era sólo Mañozga la *representación institucional* fatídica del *imaginario social* colonial de la iglesia como empresa terrenal divina o, era, la imagen visible, y en detrimento por cierto, de un sistema social corroído en todas sus esferas?

Desde el panorama histórico, exactamente desde los estudios culturales, de Ceballos Gómez (1994: 122) las representaciones *institucionales* eclesiásticas de la época colonial *cumplían, generalmente, con los pormenores establecidos en las normas*. Argumento que nos habilita para expresar, llanamente, que si bien es cierto el santo oficio Cartagenero no “brilló”, justamente, como el español, también es cierto que su caracterización *institucional*, de ningún modo, fue caricaturesca como lo plantea el discurso literario.

Los cortejos del diablo, de alguna manera, son, en su esencia, los escándalos de la iglesia, de una *institución* que esconde “en túneles y pasadizos secretos” su corrupción intestina.

Espinosa o, mejor, el narrador de *los cortejos del diablo*, *desmitificará*, bajo el vínculo histórico pero ficcional, la transparencia de una *institución* que para muchos es inobjetable e inmaculada. Sin embargo, no es sólo Juan de Mañozga quién señala ese

detrimento, lo indican también las acciones y actitudes de otros representantes de dicha *institución* no sólo para con Mañozga, sino, también, para con sus cuestiones internas¹⁴⁶.

Así, en este orden de ideas, el narrador de dicha novela muestra, fehacientemente, cada lunar y pecado de esta *institución*, y lo hace a través del símbolo del pasadizo o túnel. Tales pasadizos quedaban continuos a la Obispalía. Pero ¿Qué función y misterio ocultaban? Era, justamente, la pregunta que desvelaba al Obispo Cristóbal Pérez de Lazarraga.

Acompañado del Padre Montero el Obispo Pérez de Lazarraga se aventura como detective de la historia eclesiástica colonial a escudriñar las intrigas intestinas de su *institución*; aunque no sin antes, polemizar con el Padre Pedro Claver acerca del reo Lorenzo Spinoza, para quién, aunque judío era digno de ser absuelto. Claver, aunque en rango jerárquico menor, demandaba que Spinoza fuera absuelto, pues Cristo mismo era judío, además, esgrimía Claver *¿no fue semita el arquitecto que levantó la primera edificación de la Compañía en esta villa?(...) ¿y hebreos no eran Pedro, Andrés, los dos Santiagos, Juan, Felipe, Mateo, Bartolomé, Tomás, Judas Tadeo y Simón?* (1970: 129).

Claver, siendo de la Compañía Jesuita al igual que su Obispado, perteneciente a la misma *institución* eclesiástica, cuestiona la funcionalidad misma del santo oficio¹⁴⁷ y demanda que dicho reo sea puesto en libertad. Por último, Claver hace saber a los lectores de la novela histórica que aún el propio Torquemada, Juan de Mañozga, acataría los deseos del propio Obispo, de Monseñor. Acótese aquí que, una vez ido el

¹⁴⁶ Ceballos Gómez (1994: 55) indica que tres son los argumentos que inician el final y decadencia del santo oficio: *la falta de fondos, el poco interés de los miembros del tribunal y sus rencillas intestinas*.

¹⁴⁷ Dice que es una *institución abstracta* (1970: 128).

Padre Claver de la escena, Fray Antolín, diácono de Monseñor, le expresa a su superior el peligro de contar con un sacerdote de ese talante, *es de esos curas alborotadores y revolucionarios. Dios nos proteja, pero gorda puede armarla si sigue por donde va* (1970: 131).

El detrimento de la *institución* es elocuente, pero para que no queden dudas el novelista histórico nos lleva a la escena que la catapulta a las mismas heces de Buziraco. En el túnel, para sorpresa de ambos del Obispo y del Padre Montero, dilucidan un cementerio, un cementerio de hijos y fetos de monjas.

Un cementerio que hace que el propio Obispo Pérez de Lazarraga dude de su vocación y, por cierto, de su *institución*. Decía el Obispo: *Qué oficio tiene implantar la disciplina en tierras que han sido holladas y esterilizadas por la pezuña del diablo?* (1970: 146).

Aquellos bacanales eclesiásticos, sin duda alguna, rebosaron la taza. Aquel cementerio infantil denunciaba los nodos de corrupción jamás insospechados que escondía su *institución*. Todo esfuerzo por aclarar este misterio, decía Montero, no habrá sino de *sumirnos cada vez más en la vergüenza y la incertidumbre* (1970: 150).

¿Y de qué manera presenta Espinosa a las otras *instituciones* sociales? ¿Con el mismo hálito sombrío de la dimensión religiosa o, por el contrario, con el aire refrescante y ficcional que el discurso literario novelesco recrea? ¿De qué manera(s) los actores *institucionales* de las sociedades que antes denominamos cimarrones, esotéricas y míticas operan en la atmósfera histórica colonial con respecto a las *instituciones sociales* “dominantes”, sino las únicas?

Para dar respuesta a estas preguntas orientadoras, siendo que los personajes que *representan* estas *seudoinstituciones* son pre y juzgados por las *instituciones* que acabamos de analizar, y, de ninguna manera, son *instituciones* en el rigor propio de la ciencia histórica, entonces, la única manera de dilucidar su importancia en el arco hermenéutico y fusión horzónica, es, sin duda alguna, en el evento mismo de sus prácticas y, por supuesto, en como ellas influyen en la inversión de roles *institucionales* que plantea Germán Espinosa en su novela histórica *los cortejos del diablo*.

7.2 Prácticas

Toda *práctica*¹⁴⁸ constituye, indiscutiblemente, los diversos efectos que obran en el mundo ontológico y, en consecuencia, el fenomenológico, los *imaginarios sociales*. Y, justamente, esta pequeña ley que se esgrime es la plataforma que construye la sociedad colonial bajo el instrumentalismo católico, si se quiere, las políticas¹⁴⁹ espirituales de la monarquía con sede en Madrid. En consecuencia, *el imaginario colonial* de orden religioso, aunque varía en formas y fondos, se edifica sobre el *imaginario europeo* atiborrado de problemáticas doctrinales y anticlericales por parte de la insurrección de los protestantes. No fue difícil de identificar que la propuesta misional de las *instituciones monacales* condicionará la política hispánica a la causa del catolicismo y al

¹⁴⁸ Dentro de los estudios culturales, *las prácticas mágicas hacen parte, pues, del campo de los imaginarios culturales y, como tales, son un medio no sólo de conocimiento de la realidad, sino también de reconocimiento de los otros* (Ceballos Gómez: 2000; 102). Sus formas se dan en las vertientes de: hechicería-brujería, yerbatería-herbología, medicina-medicina tradicional-curanderismo-ensalmos, chamanismo.

¹⁴⁹ Según Rozo (2010: 71) *el poder monacal y eclesiástico procedente de España deviene una ley patriarcal y supone una rigurosa lógica de orden patrilineal: la ley y la fe se instauran como dogmas incuestionables (...) por falaz que sea la misión colonizadora, la ley gobierna desde espacios con nombres definidos límites aparentemente determinados y ubicaciones privilegiadas dentro del espacio urbano*.

castigo de cualquier forma religiosa o simbólica¹⁵⁰ que justipreciara los principios de la más alta moral.

Así, en el mundo colonial las prácticas mágicas¹⁵¹ de cualquier índole serían castigadas y raídas por el seno mismo del Santo Oficio, a quien no le temblaría la mano para extirpar el (los) foco(s) de disipación ideológica. El Santo Oficio de Indias, cargado del *imaginario europeo*, aunque no con la misma intensidad, dictaminaría los castigos para aquellos delitos blandos y aquellos demoníacos instaurados en la *representación simbólica* de la brujería.

El trinomio acusación-delito-castigo se impondría pues en la Nueva Granada, pero ¿De qué manera lo hace la novela y la ciencia histórica? ¿Cuáles son los puntos de quiebre? Si se quiere, ¿En qué medida los mecanismos de *representación* a secas en ambos discursos, por parte de las *instituciones* eclesiásticas en el sentido del trinomio propuesto, distan en tanto *prácticas*?

Si se observa bien, las dos últimas partes del trinomio, tanto en la novela como en el discurso histórico, son muestra fehaciente del *imaginario unívoco* que caracterizaba la *representación histórica* de orden *efectual*; sin embargo, los brotes de ficción emergen en el ámbito testimonial y, por tanto, en el ámbito de las fuentes orales¹⁵². ¿Cómo saber

¹⁵⁰ Es decir, el aparato cognitivo mediante el cual se interpreta el mundo, según Ceballos Gómez (2000: 101).

¹⁵¹ Ceballos Gómez (2000: 105-106) aclara que el uso de estas prácticas en la época colonial del Nuevo Reino de Granada tenían tres funciones básicas: cognitiva (sistema simbólico), social (producción y solución de conflictos) e institucional (disciplinamiento social). La primera, estriba en la forma como las sociedades, verbi gracia la novogradina, tenían y conservaban sus mecanismos sociales y de *representación*. La segunda, haría las veces de catalizador a través de la praxis, mediante la creación de chivos expiatorios en aras a la demostración de controles sociales. La tercera, por último, determinaba penalizaciones y castigos en la medida de las acusaciones.

¹⁵² Una tarea compleja por naturaleza para El Santo Oficio y sesgada por naturaleza.

si los testimonios¹⁵³ eran veraces? ¿Cuánto sesgo se escondía bajo las autoridades eclesiásticas en este caso? ¿Qué tan eficaz eran sus *prácticas jurídico-religiosas*?¹⁵⁴ Y, sobre todo, ¿De qué manera(s) los actores *institucionales* de las sociedades que antes denominamos cimarrones, esotéricas y míticas operan en la atmósfera histórica colonial con respecto a las *instituciones sociales* “dominantes”, sino las únicas?

Comencemos por la última pregunta, pues ésta a su vez, dará respuesta a las antecesoras. Sin embargo, para dilucidar de manera más clara las distancias abismales entre el discurso histórico oficial y el novelesco histórico, a continuación, a manera de viñetas, de forma sucinta suscribo el derecho procesal del santo oficio en Cartagena de Indias a la luz del texto histórico de Ceballos (1994):

- La aplicación de la ley era personalizada y no se daba un tratamiento homogéneo para los delitos...éstos eran tratados cada vez de forma diferente, de acuerdo al reo y juez (1994: 103).
- La represión de la ley no se limitaba a los hoy casos civiles y penales, sino que cubría y normativizaba también los comportamientos sociales (1994: 103).
- Existían comportamientos sociales prohibidos...entre ellos se contaban vagancia, embriaguez, escándalos públicos, el concubinato y otras conductas sexuales, los insultos, ciertos juegos, los bailes y las fiestas paganas o gentiles, los ritos, ceremonias, la brujería (1994: 103).

¹⁵³ Hagamos una pequeña digresión aquí con Bloch (1999: 19-25) referente a la crítica de fuentes: *no todos los testigos son sinceros ni su memoria es siempre fiable, por ello, no podemos aceptar sus declaraciones sin ejercer cierto control. Un testimonio es necesario descomponerlo en una serie de elementos que han de ser probados uno tras otro.*

¹⁵⁴ Se formulan estos interrogantes, pero ninguno de ellos es objeto de este trabajo. Dígase de paso que, por lo que se puede ver en materia de fuentes, estos ejes problemáticos son túneles oscuros en cuanto al conocimiento histórico se refiere.

- La tolerancia era reina, siempre y cuando el agredido fuese blanco (1994: 105).

En la novela histórica *los cortejos del diablo*, se incrimina mediante acusación a dos sujetos de clase media, esto es, al Barbero Orestes Cariñena y al judío Lorenzo Spinoza. Sujetos, que a decir de sus acusadores (del primero una Beata, y del segundo una multitud).

En cuanto a Orestes Cariñena, decía la mujer, es *la propia encarnación del diablo* (1970: 30). La mujer, cuyo argumento sólido estribaba en las *habladurías* y chismorreos, aducía que ese Barbero fue *en otras vidas, Alejandro, Julio Cesar y hasta el mismísimo Pilatos (...) pretende haber volado en escobas, sacado agua de piedras, arrojado llamas por el hocico en forma de dragón y ordenado, como Nerón, el incendio de Roma* (1970: 30-31).

Pero Juan de Mañozga, con el detrimento *institucional* a sus hombros, afirmaba asimismo, *ser más brujo que todos los brujos* (1970: 32), tomaba la denuncia con una charla tal que ni “cinco de bolas le paraba” a su acusadora. De hecho, decía Mañozga que él mismo *tenía cancelado su pleito con los brujos* (1979: 33) y, por tanto, envió a su acusadora con sus palabras. El “supuesto” inquisidor *fue incapaz de ordenar su arresto* (1970: 70). Ahora Mañozga, no era más que una ruina humana.

Por otro lado, a Lorenzo Spinoza¹⁵⁵ se le sindicaba por prácticas hebraicas, sólo que su acusador era *algún rufián* de la multitud, quién señalaba: *¡Lorenzo Spinoza, llora tu fortuna¡¡Van a escaldarte como a una bruja¡¡Ya te escocerán¡¡Y flagelarán¡¡Y caldearán¡¡Y desollarán¡* (1970: 76)

¹⁵⁵ Forero (2006: 239) establece un paralelo onomástico de este personaje con su nombre y con el filósofo Espinosa.

No obstante la desidia de aquel inquisidor, y de su falta de pertenencia para con la *institución* que le envestía de un poder social importante, Juan de Mañozga cedió a los improprios de una multitud sedienta de inquisición. El inquisidor, con un aire en su voz que recordaba su pasado histórico prolífico, expresó *Marrano* (1970: 83) pero esta expresión débil ahora era sólo un espejo oscuro de lo que había sido antes.

Después de ser llevado a un calabozo, lleno de telarañas por su falta de uso, Spinoza dio paso para que se abriera un interrogatorio improvisado, *Dios se identifica con la naturaleza* (1970: 91), dijo el judío y, entonces, como una suerte de recuerdo, Mañozga intentó sacar ese inquisidor sanguinario que muchos recordaban diciendo: *¿Es una frase del talmud?* (1970: 91). El giro del interrogatorio, sin duda alguna, era manipulado por Spinoza, quién al mismo, le dio tinte epistemológico, *¿Ni del talmud palestino, ni del talmud babilónico?* (1970: 91).

Hasta soborno ofreció, continuamente, en el interrogatorio Spinoza a un Juan de Mañozga que desprestigiaba el gremio, *¿Cuánto tengo que darte para salir vivo de aquí?* (1970: 92) y, no contento con esto, era desprolijo al referirse al inquisidor *se te ha envejecido hasta la imaginación* (1970: 93).

La forma del interrogatorio, de una u otra manera, contagio a Mañozga y al Alcaide Fernández de Amaya, y de una práctica que por naturaleza se realizaba con la seriedad que el modelo europeo inquisitivo español dictaminaba, se pasó a la ironía y charlatanería que el judío planeó: *¿De manera que no eres ni judío ni cristiano? ¿Estaremos, Fernández de Amaya, ante un musulmán? Y ambos rieron estrepitosamente* (1970: 97).

Ah, pero Lorenzo Spinoza tenía un aliado en el propio bando de Mañozga, al Padre Claver, Padre quién afirmaba ante sus homólogos, ser *su amigo* (1970: 125). Claver esgrimía su argumento fundamentalmente en que *Lorenzo Spinoza es de raza judía pero no practica el judaísmo* (1970: 126).

¿Estaba habilitado el tribunal del santo oficio, como *institución* eclesiástica, para juzgar a un hombre sólo por las habladurías y, no como corresponde por sus prácticas?

Con todo y lo anterior, Spinoza fue absuelto, gracias a la intervención de su amigo, el Padre Claver a través de un favor que le hizo el Obispo Pérez de Lazarraga; sin embargo, a petición de Catalina de Alcántara, quién descubrió su identidad al final de la obra, como *hija del rey de España* (1970: 227), Mañozga debería dar muerte a dicho infiel, pues, según ella misma, *no es hereje ni apóstata quien jamás perteneció al seno de nuestra religión* (1970: 226).

¿Haría Juan de Mañozga caso omiso de la directriz de la propia hija del rey? ¿Pondría en jaque a su *institución eclesiástica* con aquella que se superponía a su propia autoridad? *Lorenzo Spinoza fue escoltado y puesto en libertad frente a las puertas de su almacén* (1970: 228).

Por el otro lado, Orestes Cariñena, tan pronto como fue absuelto Spinoza, fue llevado por la multitud ante la presencia de un Mañozga alcahueta, de hecho, dice el narrador, *sus palabras y ademanes (...) eran los de un sonámbulo, los de alguien que gruñe en la realidad lo que cree estar diciendo en sueños* (1970: 230).

Se te acusa de brujería y de creer en la metempsicosis, herejía contenida en doctrinas tan paganas como el brahmanismo, el

budismo, e hinduismo y el karma. Se trata de un error pitagórico, compartido por Platón e introducido a la religión de los asesinos de Cristo a través de la Cábala (1970: 230-231).

A Orestes Cariñena; sin embargo, al igual que Spinoza, en un tono alto y vehemente, le pide a Mañozga concretar los cargos y explicar el objeto de la detención, que entre otras cosas, obedecía, según el reo a meras suposiciones. A lo cual, Juan de Mañozga, vehementemente también, señala *¿No has afirmado tú mismo, cabrón, que encarnaste alguna vez en Alejandro el Grande, Pilatos, Julio César, Nerón, Temístocles y Calígula?* (1970: 231).

Orestes Cariñena, junto con la multitud que le había traído, al unísono, se mofan de Mañozga, al confesar que todas las acusaciones eran ciertas, sólo que las mismas obedecían a que él mismo, hace tiempos fue *un actor de teatro y representó todos aquellos papeles* (1970: 233).

¿De qué prácticas oscuras fueron acusados tales “criminales”? ¿Cuál es la esencia de la crítica de Espinosa a la *institucionalidad* propia del santo oficio? ¿Cuál es la inversión de los roles *institucionales* que da Espinosa en la trama histórica-novelesca?

Pero antes de abordar estas preguntas orientadoras, véanse los procedimientos inquisitivos, a la luz del discurso histórico y su abismal metodología con respecto a los planteados por el novelista histórico colonial:

Una persona, quien con frecuencia no estaba directamente implicada con las acusaciones del caso, se acercaba a presentar la denuncia ante la sede del Tribunal de Cartagena o ante el comisario del Santo

Oficio del lugar, cuando lo había, en cuyo defecto la acusación era recibida por las justicias, seculares o eclesiásticas, del sitio. De esta manera se ponía en marcha el engranaje de la justicia (control institucional - macropoderes), tanto secular como inquisitorial, y se comenzaban a recibir acusaciones y testimonios en contra del posible reo. Se evaluaba y resaltaba la calidad del testigo (Ceballos Gómez: 2002; 453).

Volviendo a las preguntas orientadoras anunciadas dos párrafos atrás, cuatro personajes de la novela nos ayudarán, de alguna manera, a zanjar dicha lo que en este trabajo hemos denominado inversión de roles *institucionales*: Catalina de Alcántara, Mardoqueo Crisoberilo, Luis Andrea y Rosaura García. Dichos personajes, en tanto prácticas, encarnan la sociedad prohibida colonial, una *institución* oculta a la luz de todos. Por tanto, *seudo institución*. En este sentido, ¿Qué quiere mostrarnos Espinosa en su novela histórica con estos personajes?

Catalina de Alcántara era una viuda rica que a la luz pública dejaba mucho que desear; sin embargo, en una suerte de temor, nadie denunciaba como si lo hicieron con Spinoza y Cariñena. Catalina llegó a las costas Cartageneras *en una especie de palanquín, llevado en andas por seis esclavos (...) testigos en otros tiempos de las misas negras de Luis Andrea* (1970: 49).

A Catalina de Alcántara y a Mardoqueo Crisoberilo los unía la singular historia, mítica y mística por cierto, de cortar la uña del dedo gordo del pie de Dios y de coleccionarla, y Catalina sí que era experta en coleccionar.

Catalina de Alcántara recorrió las calles de la ciudad de Indias *desnuda* (1970: 54) en medio del Clero y del Poder civil, y advirtió *que podía ser admirada por todo aquel que tuviera deseos de hacerlo* (1970: 54).

Catalina de Alcántara trató de seducir al Padre Claver: *inició una danza frenética por la salita llena de relojes, de tictaques, de movimientos perpetuos, de macabros recordatorios; danza de bayedera, lasciva; contoneo ardiente, ritmo fulminante de cadera (...) era el rito secreto de los huríes* (1970: 187).

Luis Andrea, por su parte, es el eterno personaje encriptado en la memoria de Mañozga. Luis Andrea resulta ser *el jeque, creador del culto del cabrón negro, el merdoso Buziraco* (1970: 14), además, resulta ser por precepto y ejemplo, el príncipe de los Cimarrones. En Luis Andrea, como personaje de memoria, revive Juan de Mañozga el verdadero oficio del santo oficio, pues al parecer fue el último que fue a la hoguera con el verdadero rigor de un inquisidor; sin embargo, este hecho también es crucial en la medida en que conmueve el corazón del inquisidor y, tal vez, al menos en la novela, lo hace cambiar de parecer y proceder *institucional: ¿Cómo fue que mientras marchabas a la hoguera, llegaste a inspirarme compasión?* (1970: 24)

Justamente, no es un dato menor que el último día que Mañozga hace uso de sus atuendos inquisitivos fue el día de la muerte de Luis Andrea, pues a decir verdad, decía el narrador, defendía

La lucha por la libertad de los esclavos, lucha que, librada a partir de la brujería, perseguiría más un ideal de libertad espiritual que el de un libertinaje físico. Andrea apeló al rito primario de la vida, el que Moisés y Aarón practicaban en el desierto, para convocar a su alrededor una fuerza llamada mística, de llama-de-amor-de-vida,

enderezada contra el imperio de España, contra la jactancia ibérica y la venenosa rancidez de una nación que sólo nos había traído vejeces (1970: 203).

Finalmente, el caso Rosaura García, una pitonisa dedicada a la práctica propia de la clarividencia a través de un lebrillo que le indicaba el futuro y, además, a las prácticas propias de los milagros y prodigios, tanto así que un día convirtió en charco de semen la Ciénaga del ahorcado. De hecho, este prodigio, le trajo a su mente la necesidad de *institucionalizar* la brujería con sentido social:

Dar a la brujería un sentido procreador de alcances casi divinos, el sentido exacto de su proyección poliédrica en contraste con el maniqueísmo español; el sentido que le daría si se resolvería de una vez a poner en práctica los pensamientos que, desde su levitación legendaria, se le revolvían en el magín (1970: 193).

Rosaura García, ahora anciana, desde su posición aerostática y con una experiencia elocuente y desafiante de mundo, *intuía llegado el momento de proyectarse, sin tazas, hacia la plenitud cósmica, de la que sólo nos separa el apego a nosotros mismos* (1970: 201). Y, en ese frenesí místico-espiritual, como discípulo número uno de Luis Andrea, sabía el principio y dinámica fundamental de la vida humana: *el Non Servían Buziráquico* (1970: 200).

Y, finalmente, con su muerte, con una defunción mitológica meramente simbólica, tras haber sido apresada por el santo oficio como la última rea de esta novela, *fugada al otro mundo en las ñatas imbéciles de santo oficio* (1970: 240), en conjunción con la bofetada impregnada con el caso de Orestes Cariñena y, por supuesto, con la inmolación del Cristo de las Indias, logró interrogar y perturbar la conciencia propia del inquisidor

de Cartagena, *¿Es enfermiza la vocación de servir al Señor? ¿Es malsano este celo por defender a los buitres de la verdadera religión? ¿Me he equivocado? (...) Es hora de que Juan de Mañozga se reconcilie con algún dios.*

Y las brujas bajaron y alzaron el cuerpo monumental del inquisidor por los aires impregnados de azufre, para conducirlo a Tolú, tierra de bálsamo, donde por toda la eternidad habría de besar a Buziraco – el espíritu de Luis Andrea – su salvahonor negro y hediondo.

¡Zopenco de mí, agregó Mañozga, que un día me vi en sueños Papa de Roma! ¡Bien merecido lo tenía! ¡Guevón de mí! (1970: 247).

Lo que bien o mal se ha denominado en este trabajo, inversión de roles *institucionales* o mejor, si se quiere, *desnaturalización institucional*, sin duda alguna, es la mayor desviación, por supuesto ficcional, que el discurso literario impone con su sello y que, de ningún modo, el discurso histórico puede admitir por su naturaleza epistemológica y, aún, fenomenológica. El simple hecho de que el discurso novelesco, de género histórico, *desmitifique* caricaturescamente *las instituciones* clericales coloniales y ponga de relieve, aunque bellamente, a aquellas *prácticas* juzgadas por la fuerza misma de su derecho, del Santo Oficio, con toda certeza, constituye el argumento más sólido para dictaminar que la naturaleza gnoseológica y fenomenológica de ambos discursos, amén de sus puntos de juntura en tanto universo hermenéutico, es abismal.

Al menos por lo que se presentó aquí, en la demostración metodológica, la literatura novelística, cuyo género lo constituye la historia¹⁵⁶, nos indica que el estandarte sobre el

¹⁵⁶ A propósito de la novela histórica, justamente, es Jitrik (1995: 9-16) quien indica que ella, en calidad de perspectiva de imagen que presenta es un oxímoron con la historia, pues obedece a un orden de invención. Dicha imagen construida tiene su propia historia, de ahí que exista de por medio entre novelista y lector un *acuerdo (...) entre verdad, que estaría del lado*

cual fue erigida tamaña obra, magistral por cierto, está sustentada bajo el estandarte de la transgresión a los códigos procesales del Santo Oficio y, además, a aquellos *institucionales* que, de una u otra forma, constituyen *los imaginarios sociales* heredados por siglos en un escrito está, en la tradición como diría Gadamer.

De ningún modo ni manera, en este trabajo se demoniza la esencia misma del discurso literario-histórico, sólo se hace hincapié y demostración de que éste no navega en las mismas coordenadas de su paradigma y referencia, a saber, la historia.

Por su parte, en lo que concierne a la aceptación o no de las *prácticas* judaicas, mágicas... el discurso histórico de Ceballos Gómez (2000: 251-253) es claro en afirmar que los procesos inquisitoriales, en materia de acusación, son, básicamente, de indagación mediada por el Santo Oficio, pero con intervención indirecta de la sociedad, pues *la vigilancia colectiva, no sólo de autoridades –civiles, eclesiásticas e inquisitoriales-* tenía jurisdicción sobre este tema, también *la comunidad*¹⁵⁷ tenía como objeto *controlar y tratar de evitarlas*.

No nos queda sino decir que, allí donde existen los vacíos o quiasmos históricos, sólo el discurso literario –la novela-podrá configurarlos pero sólo desde el ejercicio de la ficción, pues la seriedad del discurso histórico, como ciencia, no permite, por principio ético-profesional, llenarlos sino tratar, al máximo, de recuperarlos, y, en caso contrario, de no ser posible, dejarlos en el espacio mismo del olvido. He allí la diferencia.

de la historia, y “mentira” que estaría del lado de la ficción (1995: 11). Sin embargo, “esa mentira” que también es una verdad, dice Jitrik, *no es cualquier verdad, la científica por ejemplo, sino una pertinente y fundante. Esto significa que (...) se le atribuye, en este marco, determinada racionalidad* (1995: 12). En suma, siendo la novela histórica, no una referencia pura y mecánica traslación, sino mediación (1995: 16).

¹⁵⁷ Recuérdese que un tanto de la sociedad colonial para el siglo XVII estaba evangelizada.

8. Bibliografía

Acosta, Carmen Elisa; Fajardo, Diógenes; Padilla, Iván; Trujillo, Patricia (2007) *Leer la historia*. Universidad Nacional. Colombia.

Aguirre Rojas Carlos Antonio (2004) *La Historiografía en el siglo XX*. Montesinos ediciones. España.

Agudelo Ochoa, Ana María (2010) *Las leyendas históricas de Herminia Gómez Jaime: la ficcionalización de la historia*. En: historia y sociedad. No19. Jul-dic. Medellín. Págs. 203-219.

Anderson, Benedit (1997) *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de cultura económica. México.

Aróstegui, Julio (2001) *A pesquisa histórica: teoria e método* tradução Andrea Dore. Editora da Universidad do sagrao coração. Brazil.

Baczco, Bronislaw (1999) *Los imaginarios sociales: memorias y esperanzas colectivas*. Nueva visión. Buenos Aires.

Bann, Stephen (1994) *As invenções da história: ensaios sobre a representação do passado*. Tradução de Flávia Villas-Boas. UNESP Editora. Sao Paulo.

Bajtín, Mijail (1999) *Estética de la creación verbal*. Siglo veintiuno editores. Décima edición. Trad. t. Bubnova. México.

Bajtín, Mijahil (1991) *Teoría y estética de la novela*. Taurus humanidades. Trad. por Helena S. Kriúkova y Vicente Cazcarra. España.

Barthes, Roland (2003) *El grado cero de la escritura seguido de nuevos ensayos críticos*. Siglo veintiuno editores. Buenos Aires.

----- (1968) *Lo verosímil*. Tiempo contemporáneo. Buenos Aires.

----- (2011) *El discurso de la historia*. Paidós. España.

Baugman, Zygmunt (2005) *Identidad*. Losada editorial. Buenos Aires.

Berguer, Monroe (1979) *La novela y las ciencias sociales: mundos reales e imaginados*. Fondo de cultura económica. México.

Bloch, Marc (1999) *Historia e historiadores*. Akal ediciones. Madrid.

----- (1996) *Apología para la historia o el oficio del historiador*. Fondo de cultura económica. México.

----- (1999) *Historia e historiadores*. Akal. Madrid.

Burke, Peter (1994) *Formas de hacer historia*. Alianza. Madrid.

Castro, Edgar (2004) *Vocabulário de Foucalutl*. Tradução per Ingrid Muller Xavier. Rejane dias editora. Belo horizonte.

Ceballos Gómez, Diana Luz (1994) *Hechicería, brujería, e inquisición en el nuevo reino de granada: un duelo de imaginarios*. Universidad Nacional. Colombia.

----- (2000) “*Quyen tal haze que tal pague: sociedad y prácticas mágicas en el nuevo reino de granada*”. Ministerio de Cultura. Colombia.

----- (2009) *Prácticas, territorios y representaciones en Colombia, 1849-1960*. Universidad Nacional de Colombia. Medellín.

Chartier, Roger (1993) *Narración y verdad*. En: El País. Temas de nuestra época. Año VII. No289. Jueves 21 de Julio.

----- (2002) *el mundo como representación: estudios sobre historia de cultura*. Gedisa editorial. España.

----- (2005) *Literatura e historia*. En: Letra Internacional. No.86. Págs 4-9. Madrid.

----- (2005b) *El presente del pasado: escritura de la historia, historia de lo escrito*. Universidad Iberoamericana. México.

Coffré, Juan omar (1991) *Filosofía del arte y la literatura*. Universidad Astral de Chile. Valdivia.

Colmenares, Germán (1997) *Ensayos sobre historiografía*. TM editores. Colombia.

Collinwood, R.G (1952) *La imaginación histórica*. En: idea de la historia. México.

Costa Lima, Luiz (2006) *História. Ficção. Literatura*. Companhia das letras editora. Sao paulo.

De Certeau, Michel (2006) *La escritura de la historia*. Trad. Jorge lópez moctezuma. Universidad Iberoamericana. México.

De Gaulejac, Vincent. (2002) *Memoria e historicidad*. Instituto de Investigaciones Sociales. En: Revista mexicana de sociología. Vol. 64. No.2. Abril/junio. Págs 31-46. México.

Dilthey, Wilhelm (2000) *Dos escritos sobre hermenéutica: El surgimiento de la hermenéutica y los esbozos para una crítica de la razón histórica*. Istmo ediciones. Madrid.

Dolezél, Lubomir (1999) *Estudios de poética y teoría de la ficción*. Universidad de Murcia. España.

Droysen, Johann Gustav (1983) *Histórica: Lecciones sobre la enciclopedia y metodología de la historia*. Traducción al castellano por Ernesto Garzón Valdés y Rafael Gutiérrez Girardot. Alfa ediciones. Barcelona.

Espinosa, German (1970) *Los cortejos del diablo: balada en tiempos de brujas*. Alfa editorial. Montevideo.

Figuerola, Juan David (2003) *Paul Ricoeur y el acontecimiento: el debate sobre la narratividad de la historia*. En: Literatura: teoría, historia, crítica. Universidad Nacional. Colombia. No.5. Págs. 41-60.

Forero Quintero, Gustavo (2006) *El mito del mestizaje en la novela histórica de Germán Espinosa*. Universidad Externado de Colombia. Colombia.

Fontana, Joseph (1992) *La historia después del fin de la historia: reflexiones acerca de la situación actual de la ciencia histórica*. Crítica ediciones. Barcelona.

----- (2001) *La historia de los hombres*. Crítica editorial. Barcelona.

Foucault, Michel (1997) *Las palabras y las cosas*. Siglo veintiuno editores. México.

----- (2007) *La arqueología del saber*. Siglo veintiuno editores. México.

Frenzel, Elizabeth (1980) *Diccionario de motivos de la literatura universal*. Madrid: Gredos.

France-Bengué (2002) *La poética del sí mismo*. Biblós Ediciones. Buenos Aires.

Gadamer, Hans George (1975) *Verdad y Método*. Sígueme Ediciones. Salamanca.

----- (1993) *El problema de la conciencia histórica*. Tecnos editorial. Madrid.

----- (2006) *Estética y hermenéutica*. Tecnos. Madrid.

Garrido Domínguez, Antonio (1997) *Teorías de la ficción*. Arco/libros editorial. Madrid.

Geertz, Clifford (1996) *Los usos de la diversidad*. Paidós. Barcelona.

Giuffré, Mercedes (2004) *En busca de una identidad: la novela histórica en argentina*. Signo. Buenos Aires.

Gramsci, Antonio (1981) *Antología*. Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán. Siglo veintiuno editores. México.

- Grossberg, Nelson y Treichler (1992) *Cultural studies*. Psychology Press. Usa.
- Henríquez Vásquez, Rodrigo *Los hechos, los acontecimientos y la memoria*. Universidad Autónoma de Barcelona. Págs 1- 11. España.
- Handlin, Oscar (1997) *La verdad en la historia*. Fondo de cultura económica. México.
- Hobsbawm, Eric (2002) *Inventando Tradiciones*. En: Historias. No19. Págs. 3-15. México.
- Jalón, Mauricio (1994) *El laboratorio de Foucault: descifrar y ordenar*. Anthropos editorial. Madrid.
- Jaramillo Uribe, Jaime (1982) *Manual de historia de Colombia*. Tomo I. Instituto colombiano de cultura. Segunda edición. Colombia.
- Jenks, Crish (1993) *Culture*. Brithish Library Cataloguing. USA.
- Jitrik, Noé (1995) *Historia e imaginación literaria: las posibilidades de un género*. Biblos editorial. Buenos Aires.
- Jenkins, Keith (2003) *Re-thinking history*. London: Routledge.
- Kosellec, Reinhart (1977) *Histórica y hermenéutica*. Paidós. Barcelona.
- Koning, Bridge *¿Descolonización de la historia? El caso de la novela histórica en la región norteamericana*. En: Historia y sociedad. No11. Medellín. Págs. 33-58.
- Larroyo, Francisco (1973) *Estudio introductorio a análisis de la obra*. En: Hegel Wilhelm Friedrich. Segunda edición. Porrúa S.A. Págs. IX-LIV.
- Giovanni Levi (2004) *Un problema de escala*. En: Revista Contrahistorias. No.2. Marzo-agosto. Págs. 63-70.
- Lozano, Jorge (1994) *El discurso histórico*. Alianza. Madrid.
- Martín, Miguel Angel (1979) *La historia como disciplina profesional*. En: Estudios sobre historia de las ideas en América. Tercera edición. Centro de impresión educativa. Panamá.
- Martínez Fernández, José Enrique (2001) *La intertextualidad literaria*. Cátedra. Madrid.
- Mauss, Marcel (1971) *Institución y culto: Representaciones colectivas y diversidad de civilizaciones*. Barrales editores. Barcelona.

Nieto, Judith (2004) *El discurso histórico y el discurso literario*. En: ix anuario de historia regional y de las fronteras. Universidad Industrial de Santander. Págs 171-2002. Colombia.

Nieto López, Judith (2006) *De literatura e historia: Manuela Sáenz entre el discurso del amor y del otro*. Universidad de Santander. Bucaramanga. Colombia.

Perus, Franiose (1997-1998) *Ficción autobiográfica y poética narrativa: la historicidad de la literatura*. En: Acta poética. Número Monográfico.

Prost, Antoine (2001) *Doce lecciones sobre historia*. Cátedra. Valencia.

Ramírez Baca, Renzo (2010) *Introducción teórica y práctica a la investigación histórica. Guía para historiar en las ciencias sociales*. Universidad Nacional de Colombia Editorial. Medellín.

Rama M, Carlos (1975) *La historia y la novela*. Tecnos Editorial. Madrid.

Rei Pereira, Carlos (2000) Tesis Doctoral *Discurso histórico y discurso literario: el caso del carnero*. Universidad Autónoma de Madrid.

Reis, José Carlos (2003) *História e teoria: historicismo, modernidade, temporalidade e verdade*. FVG Editora. Brazil.

----- (2009) *História, a ciência dos homens no tempo*. Eduele editora. Brazil.

Ricoeur, Paul (1990) *Historia y verdad*. Encuentro ediciones. Madrid.

Ricoeur, Paul (1999) *Historia y narratividad*. Paidós. Barcelona.

----- (2003) *Tiempo y narración i: configuración del tiempo en el relato histórico*. Siglo veintiuno editores. México.

----- (2004) *Tiempo y narración ii: configuración del tiempo en el relato de la ficción*. Siglo veintiuno editores. México.

----- (2004) *Tiempo y narración iii: el tiempo narrado*. Siglo veintiuno editores. México.

Rolle, Claudio (2000) *La ficción, la cojetura, y los andamiajes de la historia*. En: clemens franken: verdad e imaginación en filosofía, teología, historia y literatura. Santiago de Chile. Universidad Católica de Chile. Págs... 65-68

Rozo Jiménez, Luis Ernesto (2010) *las cartagenas de Germán Espinoza: la ley y el deseo en los cortejos del diablo*. Universidad Nacional. Colombia.

Sánchez Adalid, Jesus (2008) *Novela histórica*. En: Tejuelo. No1. Págs 44-52. España.

Sahlins, Marshall (2001) *Dos o tres cosas que sé acerca del concepto de cultura*. En: Revista colombiana de antropología. Vol.37. Enero-diciembre. Págs. 290-320.

Silva Rodríguez, Manuel Enrique (2008) Tesis Doctoral *Las novelas históricas de Germán Espinoza*. Universidad Autónoma de Barcelona.

Sommer, Doris (2004) *Ficciones fundacionales: las novelas de américa latina*. Fondo de cultura económica. Colombia.

Stone, Lawrence (1993) *Una doble función: las tareas en las que se deben desempeñar los historiadores del futuro*. En: El País. Temas de nuestra época. Año VII. No.289. jueves 29 de julio.

Steiner, George (2001) *Después de babel*. Fondo de cultura económica. México.

Topolsky, Jerzy (1973) *Metodología de la Historia*. Cátedra Ediciones. Tercera Edición. Madrid.

Todorov, Tzvetan (1988) *Cruce de culturas y mestizaje cultural*. Júcar ediciones. Madrid.

Todorov, Tzvetan (1993) *Las morales de la historia*. Paidós. Barcelona. 1993.

Vargas Llosa, Mario (1998) *Cartas a un joven novelista*. Planeta editorial. Bogotá.

Vives, Vincent (1982) *Historia de España y América: social y económica*. Vol. 3 y 4. Gráficas instar. Barcelona.

Vergara, Luis (2006) *Paul Ricoeur para historiadores*. Plaza y Valdés editores. México.

Villanueva, Darío (1989) *El comentario de textos narrativos*. Jucar editorial. Valladolid.

Vovelle, Michel (1985) *Ideologías y mentalidades*. Ariel editorial. Barcelona.

White, Hayden (1992) *El contenido de la forma: narrativa, discurso y representación histórica*. Paidós. Barcelona.

----- (1992) *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. Fondo de cultura económica. México.

----- (2003) *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*. Paidós. Barcelona.

